

**LA REESTRUCTURACIÓN DE LA TEORÍA
DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
EN LA POSGUERRA FRÍA:
EL REALISMO Y EL DESAFÍO DEL LIBERALISMO
NEOINSTITUCIONAL**

por **RAFAEL GRASA HERNÁNDEZ**

SUMARIO

- I. INTRODUCCIÓN
- II. ALGUNAS ACLARACIONES INICIALES
 1. Las ideas: la eclosión de la teoría, peligro y oportunidad
 2. Los hechos: globalización desigual y fin de la guerra fría
 3. La asunción de partida
- III. EL LUGAR DE LA TEORÍA
 1. Definiciones y requisitos: cinco tesis y una metáfora
 2. Problemas de la teorización en Relaciones Internacionales
 3. Las fuerzas motrices: ¿hechos o ideas?
 4. La doble mediación de los hechos por las ideas
 5. A modo de corolario: programas de investigación, perspectivas, campos y enunciados teóricos
- IV. LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LOS AÑOS NOVENTA.
 1. La evolución de la teoría de las relaciones internacionales: un apunte de conjunto
 2. Reconsideración del tercer debate: embrollos e insuficiencias
 3. Una propuesta para cambiar de cartografía
 4. El mapa teórico actual
- V. REALISMO *VERSUS* LIBERALISMO
 1. Contexto, raíces y fases previas
 2. Los elementos del desafío liberal
 3. Los focos y temas de controversia
- VI. A MODO DE CONCLUSIÓN

I. INTRODUCCIÓN

El fin del enfrentamiento Este/Oeste y el inicio del período de posguerra fría ha reavivado enormemente las controversias acerca de las relaciones internacionales en su doble acepción: parte de la realidad social y disciplina científica. Especialmente importante es, en ese contexto, el auge cuantitativo y cualitativo que está experimentando desde finales de los años ochenta la reflexión teórica y metateórica, sin precedentes desde el período de entreguerras. Esa reflexión no sólo procede de la propia disciplina, sino también de autores adscritos a otras disciplinas sociales, en particular a la sociología, la sociología histórica, la filosofía y la teoría política, etc. La reflexión en curso se nutre de hechos e ideas articulados en torno a dos ejes: a) el empírico o fenoménico, es decir, la comprensión de lo relativo a los cambios acaecidos en el sistema internacional desde los años setenta hasta la actualidad; b) el analítico, a saber, la discusión respecto de las hipótesis, modelos teóricos y explicaciones de la realidad.

Bajo el magma en ebullición de la reflexión teórica y metateórica en curso se vislumbran tres líneas de fuerza: a) *el cuestionamiento de buena parte de los dogmas, a priori* y presupuestos ontológicos, epistémicos y metodológicos que se han dado por descontados durante décadas en la disciplina, incluyendo el ataque *tous azimouts* a los fundamentos del enfoque dominante desde los años cuarenta, las diversas versiones del realismo político; b) los intentos de (o llamamientos a) *reestructurar, repensar o reconstruir* el eje temático de la disciplina¹, entre los que se cuentan nuevas formas de narrar la evolución de la disciplina que van más allá de la tradicional referencia a los tres grandes debates o a las diversas tradiciones de pensamiento; y c) el *resurgimiento* de antiguas imágenes del mundo y programas de investigación desacreditados en y por la corriente principal de la teoría internacional, en particular el idealismo, y, como efecto colateral, un reavivamiento del debate entre realismo político e institucionalismo liberal que reviste la forma de desafío de este último al primero. El carácter parcialmente contradictorio y enfrentado de esas tres líneas de fuerza permite entender que no pueda hablarse todavía de una dirección precisa, o de una corriente dominante, de dicha reflexión.

Todo ello incide en los objetivos, el hilo argumental y en la forma de estructurar el curso. Respecto de los objetivos, consisten en presentar un panorama de la reflexión teórica y metateórica de la posguerra fría que tome en consideración, como marco contextual, la evolución previa de la disciplina y el estado actual de los debates epistemológicos y metodológicos en ciencias sociales, por un lado. La inadecuación de los instrumentos de ordenación y análisis de la producción teórica de la disciplina que se pondrá de manifiesto obliga a proponer, como segundo objetivo, otras pautas de análisis o sistema de cartografiar el debate teórico. El último objetivo es ubicar y presentar a grandes rasgos dentro de ese panorama el debate realismo y liberalismo neoinstitucional, como ejemplo de una de las tendencias que apuntan hacia una cierta fusión o síntesis entre enfoques teóricos.

¹ La distinción entre los ejes fenoménico, analítico y temático, un expediente para discriminar los diversos planos presentes en el quehacer científico creado por HOLTON, se precisará más tarde.

El hilo argumental será la distinción entre hechos e ideas y, en particular, el uso de una división en tres ejes de la actividad científica. La estructura expositiva se articula en la presente Introducción y cinco apartados. El primero parte del título del curso para establecer algunas aclaraciones conceptuales y contextuales. El segundo y el tercero se dedican a presentar una pauta de análisis de la evolución de la teoría internacional en el contexto de las ciencias sociales y a aplicarla, respectivamente, a una visión diacrónica a vuelo de pájaro de la disciplina y a la visión sincrónica de lo acaecido entre 1989 y 1996. El cuarto ubica y presenta como ejemplo el desafío neoinstitucionalista al realismo político. Finalmente se establecen algunas conclusiones y preguntas futuras. Por economía expositiva y pretensión de mayor claridad, temas colaterales vinculados con el apartado cuatro y cinco (la teoría de las relaciones internacionales en la posguerra fría y el debate realismo/liberalismo) se aluden y tratan ya en apartados previos.

II. ALGUNAS ACLARACIONES INICIALES

El título del curso exige algunos comentarios y aclaraciones a sus diversos componentes: «reestructuración de la teoría de las relaciones internacionales» y «realismo y liberalismo neoinstitucional», en el campo de las ideas; «posguerra fría», en el de los hechos.

1. Las ideas: la eclosión de la «teoría», peligro y oportunidad

La expresión «teoría de las relaciones internacionales» se usa en el sentido más lato posible, que engloba tanto las reflexiones metateóricas de la disciplina (ontológicas, epistemológicas, metodológicas...; es decir, la «teoría internacional») como las relativas a los diversos enfoques y aproximaciones conceptuales (paradigmas y visiones del mundo, por un lado; sus respectivos programas de investigación y enunciados explicativos, por otro) y los diversos subcampos de la disciplina. La razón de haber elegido esa acepción es la enorme ambigüedad y polisemia con que se usa la palabra «teoría» entre los internacionalistas², que impide emplearla siempre en el sentido fuerte que suele dársele en filosofía de la ciencia: conceptualización, un prerrequisito para la teorización, y establecimiento de vínculos causales³. En este caso por «teoría» o teorización, sin adjetivar, se entiende al menos conceptualización.

² Un botón de muestra: WHIGHT usó la expresión en un contexto en que equivalía a tradición especulativa acerca de las relaciones entre estados; HOLLIS y SMITH, en un intento de combinar explicación y comprensión, la usan para referirse a cualquier intento de abstraer, generalizar o conectar enunciados; WALTZ definió en su etapa positivista las teorías como instrumentos para explicar leyes que identifican asociaciones invariantes o probables. Véanse al respecto, Martin WHIGHT, *International Theory. The three traditions* (editado por Gabriele WHIGHT y Brian PORTER), Leicester Press, Leicester, 1991; Martin HOLLIS/Steve SMITH, *Explaining and Understanding International Relations*, Clarendon Press, Oxford, 1990; Kenneth WALTZ, *Theory of International Politics*, Random House, Nueva York, 1979. De forma más general, y por citar a DOUGHERTY y PFALTZGRAF, en relaciones internacionales «teoría se ha considerado sinónimo de filosofía, ideología, hipótesis, un conjunto de conceptos interrelacionados, un conjunto de hipótesis interrelacionadas con un grado imprescindible de evidencia favorable, y un conjunto de axiomas y conceptos de los que pueden derivarse hipótesis» (J. E. DOUGHERTY/R. L. PFALTZGRAF, *Contending Theories of International Relations. A Comprehensive Survey*, Nueva York, Harper & Row Publishers, 1990, p. 17).

³ Dicho técnicamente, explicar un hecho empírico determinado X supone responder convenientemente a la pregunta «¿por qué X?», es decir, proporcionar explicaciones que satisfagan la condición de causalidad (establecimiento de un vínculo causal entre *explanans* y *explanandum*) y la de inteligibilidad (deter-

Al hablar de «reestructuración» aludo a la proliferación del prefijo «re», o a expresiones de significado análogo, en textos recientes⁴ dedicados bien a repensar la teoría internacional desde la conciencia de su fracaso en postular el separatismo metodológico o epistemológico de las restantes ciencias sociales (Halliday⁵), bien a verificar/refutar el poder explicativo del realismo (Wayman/Diehl⁶), bien a proponer una reordenación metateórica de las asunciones de la disciplina o nuevos programas de investigación en clave pospositivista y, a veces, postmoderna (Neufeld, Smith *et alt.*, Rosenau, George, Macmillan/Linklater, Sylvester, Shapiro/Alker⁷).

En este contexto, la eclosión de la teoría constituye un peligro, en virtud de las consecuencias del uso abusivo e indiscriminado del término. Por un lado, se legitiman relativismos exagerados, al postular sus defensores que sus tesis, meramente metafísicas o valorativas (es decir, metateóricas) también son «teorías». Por otro, impone casi inmediatamente la conveniencia de adjetivar, bien usando diferencias sólidamente arraigadas (empírica, normativa) bien creando distinciones que inducen a errores. Así, por ejemplo, en un libro, por lo demás muy útil, Scott Burchill acuña la distinción entre teorías «explanatorias» y teorías «constitutivas». Estas últimas, empero, nada tienen de «teorías»: son únicamente las «preconcepciones, experiencias y creencias que afectan nuestra forma de comprender el sujeto de estudio (...) las lentes a través de las cuáles vemos el mundo»⁸. Es decir, cosmovisiones o valores que ni siquiera pueden considerarse conceptualizaciones encaminadas a entender determinados fenómenos.

minar el mecanismo por el que opera dicho vínculo). Tales condiciones no son privativas de quienes se reclaman del ideal positivista. Max WEBER tenía en mente algo bien parecido al hablar de «adecuación por el sentido» y «adecuación causal». Véase al respecto, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964, pp. 10-11.

⁴ En particular: F. HALLIDAY, *Rethinking International Relations* (Macmillan, Londres, 1995); F. WAYMAN/P. F. DIEHL (eds.), *Reconstructing Realpolitik* (Michigan UP, Michigan, 1994); M. NEUFELD, *The Restructuring of International Relations Theory* (Cambridge UP, Cambridge, 1995); S. SMITH/K. BOOTH/M. ZALEWSKI (eds.), *International Theory: positivism and beyond*, Cambridge UP, Cambridge, 1996; J. ROSENAU, *Turbulence in World Politics. A Theory of Change and Continuity*, Harvester Wheatsheaf, Hertfordshire, 1990; J. GEORGE, *Discourses of Global Politics. A Critical (Re) Introduction to International Relations*, Lynne Rienner, Boulder, 1994; J. MACMILLAN/A. LINKLATER (eds.), *Boundaries in Question. New Direction in International Relations*, Pinter, Londres, 1995; Ch. SYLVESTER, *Feminist Theory and International Relations in a Postmodern Era*, Cambridge, UP, Cambridge, 1994; M. SHAPIRO/H. ALKER (eds.), *Challenging Boundaries. Global Flows, Territorial Identities*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.

⁵ Entre otras tesis, HALLIDAY manifiesta su acuerdo con lo que ya ha empezado a ser una obviedad aceptada casi por todo el mundo: la distinción tajante entre teoría política y teoría internacional (en el sentido de Martin WHIGHT) es insostenible y es responsable de haber violentado excesivamente numerosos análisis y explicaciones. En honor a la verdad hay que decir que la tesis fue defendida antes de forma vigorosa por Howard WILLIAMS en *International Relations in Political Theory*, Open UP, Buckingham, 1992. Posteriormente Williams ha ampliado sus ideas y tesis en *International Relations and the Limits of Political Theory*, Macmillan, Hound Mills, 1996.

⁶ En el empeño se usa arsenal cualitativo y cuantitativo, que se aplica a temas como conducta en situaciones de crisis, disuasión ampliada, política de poder, negociación, alianzas, etc.

⁷ NEUFELD en clave emancipatoria, es decir, apelando a la teoría crítica, a la que también se muestra próximo, aunque combinando otras aportaciones de inspiración marxista, LINKLATER; ROSENAU, a partir de su «postinternacionalismo», que combina como utillaje explicativo nociones como «turbulencia» y la «bifurcación del sistema anárquico en un subsistema estatocéntrico y uno multicéntrico»; SYLVESTER apelando al sesgo propio de la teoría feminista; GEORGE, SHAPIRO y ALKER en clave explícitamente postmoderna y fuertemente deconstruccionista.

⁸ Scott BURCHILL/Andrew LINKLATER (eds.), *Theories of International Relations*, Macmillan, Houndmills, 1996, concretamente pp. 13 ss.

No obstante, esa eclosión es también una oportunidad, derivada de la coexistencia de tres tendencias de gran potencialidad: *a)* el fin de la etapa de separación de la disciplina de las otras ciencias sociales, de la rica reflexión ético-normativa que se ha producido desde principios de los años setenta y de los debates epistemológicos relacionados con la crisis del positivismo; *b)* el potencial disruptor y crítico del pensamiento divergente (teoría feminista, aproximaciones postmodernistas y postestructuralistas...) sobre las aproximaciones dominantes, entendido como estímulo para éstos y para toda la disciplina; y *c)* los esfuerzos por redefinir y reconstruir el campo, que incluyen los intentos por fusionar o sintetizar modelos de explicación teórica.

Ello permite entender la referencia al «realismo y liberalismo neoinstitucional». Se trata de comprobar que hay detrás de los ataques al realismo y de los intentos de remozar realismo y liberalismo. En suma, aquilatar el alcance real del revitalizado debate entre realistas e idealistas o liberales⁹, entendido como desafío liberal y su eventual influencia en la reestructuración del panorama teórico de las relaciones internacionales.

La alusión al debate planteaba también un problema terminológico: cómo designar al neoliberalismo. En los últimos años se han utilizado expresiones diferentes: idealismo neowilsoniano (Fukuyama), *idealpolitik* (Kober), neoidealismo (Kegley), neoliberalismo (Nye), institucionalismo neoliberal (Keohane, Grieco). He optado por «liberalismo neoinstitucional» por dos razones. Primera, recuperar la referencia a Wilson y a la tradición de pensamiento en que se inspira, siguiendo la sugerencia de John Lewis Gaddis de concederle la importancia que merece¹⁰, sin usar por ello la palabra «idealismo», peyorativamente cargada desde la publicación de *The Twenty Year's Crisis* de Carr. Segunda, subrayar la importancia de los aspectos novedosos del institucionalismo de los años noventa frente al anterior¹¹, una tendencia constatable en la economía¹², la teoría y sociología de las organizaciones¹³ y, en las relaciones internacionales, en el estudio de los regímenes¹⁴.

2. Los hechos: globalización desigual y fin de la guerra fría

La expresión «posguerra fría» alude a un cambio social, el del sistema internacional, que va mucho más allá de lo acaecido desde la apertura del muro de Berlín. Se tra-

⁹ Las dos antologías clave son: D. A. BALDWIN (ed.), *Neorealism and Neoliberalism. The Contemporary Debate*, Columbia UP, Nueva York, 1993, un libro que pretende partir de donde se quedó el compilado por R. KEOHANE, *Neorealism and Its Critics* (Columbia UP, Nueva York, 1986); Ch. W. KEGLEY, *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, St. Martin's Press, Nueva York, 1995.

¹⁰ En «Coping with Victory», *The Atlantic Monthly*, mayo de 1990, n.º 265, pp. 49-60, donde sostiene que merece la pena someter a examen sus ideas sin prejuicios previos.

¹¹ Para una caracterización del institucionalismo liberal en los años cuarenta y siguientes como respuesta al idealismo y el funcionalismo, véase R. O. KEOHANE, «International Institutions: Two Approaches», en *International Studies Quarterly*, vol. XXXII, n.º 4, 1988, pp. 379-396.

¹² Véase E. G. FURUBUTON/R. RICHTER (eds.), *The New Institutional Economics*, Texas A & M University Press, College Station, 1991.

¹³ Véase W. W. POWELL/P. D. DIMAGGIO (eds.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago UP, 1991.

¹⁴ Véase al respecto la Introducción de («The "New Institutionalism" in International Relations») de O. R. YOUNG, *International Governance. Protecting the Environment in a Stateless Society*, Cornell UP, Ithaca, 1994.

ta, concretamente, de un cambio en dos tiempos y a dos ritmos. Usando la terminología de Braudel, un tiempo o cambio de *longue durée*, un proceso de largo aliento aún no finalizado que se inicia en los años setenta, que suele describirse como globalización o mundialización. Se trata de un fenómeno multidimensional: la intensificación de las relaciones económicas, sociales, culturales y políticas transfronterizas, que afecta de forma desigual a las diferentes zonas del planeta y a los diferentes subsistemas funcionales, en virtud de las diferencias societales y culturales y del tipo de interacciones transfronterizas dominantes en cada región o zona¹⁵. Una globalización, por tanto, desigual en su alcance e intensidad geográfica y funcional, así como en sus efectos internos y externos en cada país, zona o «*issue*».

Y de un cambio *événementielle*, más epidérmico y ligado a sucesos concretos, el fin de la guerra fría y el enfrentamiento Este/Oeste. Este segundo cambio afloja la triple urdimbre sobre la que se había construido el orden de posguerra a partir de 1947: el papel clave de las armas y vectores nucleares, la primacía de lo político y la configuración bipolar del sistema. Y al hacerlo, elimina, por un lado, gran parte de los obstáculos que dificultaban la aprehensión de la importancia de la transformación iniciada en los años setenta, merced del impacto del cambio tecnológico, en las dimensiones económica, social y cultural de las relaciones internacionales. Por otro, provoca un reacomodo y reconfiguración del sistema, con cambios en su estructura y correlación de fuerzas.

Tanto el fin de la guerra fría como la globalización desigual, los hechos, constituyen el terreno y el referente empírico de buena parte del actual debate teórico y meta-teórico. Y ello es así al menos en cuatro sentidos. En primer lugar, porque la incapacidad de prever el fin de la guerra fría ha sido uno de los argumentos recurrentes al insistir en la situación de crisis de la disciplina y en la necesidad de reestructurarla¹⁶. En segundo lugar, porque fenómenos como la escasa importancia concedida a la globalización hasta mediados de los ochenta se han interpretado como anomalías, en el sentido kuhniiano, menospreciadas por el enfoque dominante. Ello ha provocado a su vez un resurgimiento del interés en el problema del cambio, en su dinámica, en la forma de explicar los cambios de sistema sin recurrir a guerras por la hegemonía y, por último, en la creación de procedimientos que tomen en consideración señales y síntomas que puedan alertar de cambios futuros¹⁷.

En tercer lugar, porque gran parte de los grandes temas de debate con referente empírico entre los diversos enfoques tienen —o pueden tener— como «campo de pruebas» el sistema de posguerra fría. Por ejemplo, las razones, probabilidad y factibilidad de la cooperación o la importancia de los regímenes internacionales, entre realistas y liberales. O, de forma más general, la controversia sobre la comprensión de la globalización como fenómeno económico y social. Se trata de saber si, a nivel económico, se trata de un fenómeno meramente cuantitativo, una interdependencia intensificada, o bien de la

¹⁵ Véase al respecto H-H HOLM/G. SORENSEN (eds.), *Whose World Order? Uneven Globalization and the End of the Cold War*, Westview Press, Boulder, 1995; M. WATERS, *Globalization*, Londres, Routledge, 1995.

¹⁶ Véase al respecto J. L. GADDIS, «International Relations and the End of the Cold War», en *International Security*, vol. XVII, 1992, n.º 3, pp. 3-58.

¹⁷ Véase al respecto J. ROSENAU, «Signals, Signposts and Symptoms: Interpreting Change and Anomalies in World Politics», en *European Journal of International Relations*, vol. I, 1995, n.º 1, pp. 113-122. Véase también J. ROSENAU/M. DURFEE, *Thinking Theory Thoroughly: Coherent Approaches to an Incoherent World*, Westview Press, Boulder, 1995.

emergencia de una economía mundializada cualitativamente nueva, con un lugar-mercado planetario en términos de producción, distribución y consumo. Y, a nivel social, si se trata de una creciente interconexión entre sujetos y pueblos, algo relativamente trivial y no necesariamente irreversible o, como postulan Rosenau o Anthony Giddens, de un cambio cualitativo en las condiciones de vida de las personas y pueblos que confiere un papel mucho más relevante a la acción individual en las relaciones internacionales¹⁸.

En cuarto y último lugar, porque el cambio del sistema permite recordar que no todos los desafíos a que debe enfrentarse la disciplina son de tipo metateórico y normativo, o metodológicos, si pensamos en la creciente interdisciplinariedad. Los más importantes son teóricos en el sentido más genuino de la palabra, desafíos conceptuales y explicativos derivados de la ampliación del campo semántico que incluye la expresión «relaciones internacionales». Aludo a la importancia que está dando a la «sociedad global», que se ha definido como el «mayor marco o contexto de relaciones sociales existente y quizás el mayor de los posibles»¹⁹. La mejor muestra de ello es el cambio de nombre y orientación de la revista *Paradigms* en su décimo año de vida; ahora se denomina *Global Society. Journal of Interdisciplinary International Relations* y pretende fomentar la hibridación de ideas y la interdisciplinariedad sin perder las señas de identidad propias de una publicación de relaciones internacionales²⁰.

3. La asunción de partida

Así las cosas, conviene explicitar la perspectiva o asunción inicial que subyace al presente texto. El fin de la guerra fría, los cambios derivados de la globalización desigual, la erosión de la ortodoxia positivista a nivel teórico y metodológico, el reciente impacto de dicha erosión en las relaciones internacionales, la apuesta por dejar atrás las tesis separatistas y la afirmación de ser «especiales»... permiten una visión nueva y posibilitan avances teóricos. Permiten y exigen reestructurar la teoría en un doble sentido: poner orden en la reflexión metateórica sobre la disciplina, aclarar el lugar de la teoría en la evolución de las relaciones internacionales; ubicar el debate teórico (en sentido fuerte) más relevante, realismo *versus* liberalismo, en el período de posguerra fría.

III. EL LUGAR DE LA TEORÍA EN LA EVOLUCIÓN DE LA DISCIPLINA

Si hacer ciencia es intentar explicar y comprender razonablemente fenómenos, las teorías o enunciados con pretensión teórica constituyen la columna vertebral de cualquier disciplina científica. En su ausencia, todo lo demás (datos, hechos, problemas, hipótesis, imágenes, programas de investigación...) tiene escaso sentido. Por decirlo con Stanley Hoffman, las teorías constituyen el núcleo o principio de orden de una disci-

¹⁸ Véase, de ROSENAU, *Turbulence...*, *op. cit.*; de GIDDENS, *The consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1990.

¹⁹ Véase M. SHAW, *Global Society and International Relations. Sociological Concepts and Political Perspectives*, Cambridge, Polity Press, 1994, p. 17. También R. FALK, «The Infancy of Global Civil Society», en G. LUNDESTAD/O. WESTAD (eds.), *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations*.

²⁰ Véase *Global Society*, vol. X, n.º 1, enero de 1996, p. 8, nota del editor.

plina²¹ y, por tanto, la columna vertebral de la forma de reconstruir su desarrollo y evolución.

Ello exige disponer de una pauta de análisis que permita aprehender las claves del desarrollo de la disciplina en términos compatibles con los que se usan en otras disciplinas sociales y congruentes con las exigencias y estándares de la metodología y la epistemología.

1. Definiciones y requisitos: cinco tesis y una metáfora

Definir con precisión qué es una teoría en ciencias sociales resulta hartamente difícil, más allá de la ya citada referencia a la conceptualización y al establecimiento de vínculos causales. Todo depende de la ambición, del alcance por tanto, que se atribuye a la noción. Por otro lado, la existencia de un tipo de explicación o causalidad, la intencional, que es patrimonio exclusivo de las ciencias sociales complica aún más las cosas, pues sólo del ser humano —y de sus constructos sociales cuando se analizan como actores unitarios— pueden predicarse conductas intencionales. Ello invita a una razonable actitud ecléctica, a aceptar como complementarios, o al menos como no excluyentes, diversos conceptos de teoría en relaciones internacionales. Es necesario, empero, establecer algunos *requisitos mínimos* para evitar que la flexibilidad y prudencia se conviertan en un «todo vale», en un relativismo que se ampara en la crítica a la ortodoxia positivista. Ello supone situarse en una posición, por decirlo con Larry Laudan, intermedia u ortogonal a positivismo y relativismo²². Los requisitos, expuestos en forma de tesis, son cinco.

Primero, hay que intentar explicar algún aspecto del sistema internacional que no sea comprensible mediante el simple sentido común. Para teorizar hay que estar dispuesto a asumir algún riesgo, exponerse al error para no renunciar al ideal de incrementar nuestro acopio informativo: ni lo trivial, ni lo exageradamente concreto o lo exageradamente genérico coadyuvan a liberarnos de nuestras constricciones informativas.

Segundo, ha de aspirar a presentar de forma sistemática y general sus enunciados explicativos, a ir más allá de fenómenos y sucesos discretos y lograr cierto nivel de abstracción; lo que Holsti llama «trascender el tiempo, el lugar y las personas»²³.

Tercero, ha de circunscribirse a la aspiración de búsqueda de racionalidad e imparcialidad, al ideal de objetividad. Ello vale aun para las teorías genuinamente normativas; que declaren no ser moralmente neutrales afecta sólo al papel de los valores en la selección de los problemas, a la percepción de éstos, a la génesis y elaboración de la teoría. En jerga de filosofía de la ciencia, al contexto del descubrimiento pero no al contexto de justificación. Dicho de otra forma, la objetividad no presupone incompatibilidad alguna entre el ideal científico y el compromiso con determinados fines sociales o políticos; pero exige que la teoría se sustente o defienda independientemente de los va-

²¹ S. HOFFMAN, *Teorías contemporáneas de las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 1963, p. 26.

²² Véase, sobre todo, L. LAUDAN, *Beyond Positivism and Relativism. Theory, Method and Evidence*, Westview Press, Boulder, 1996.

²³ K. J. HOLSTI, *The Dividing Discipline: Hegemony and Pluralism in International Theory*, Allen and Unwin, Londres, 1985, p. 3.

lores que influyeron en su gestación, que pueda discutirse, aceptarse o rechazarse, sin recurrir a ellos.

Cuarto, hay una similitud notoria entre las explicaciones cuantitativas y cualitativas²⁴. De ello se deriva que ni las narraciones abstrusas ni los registros de datos pueden confundirse con teorías, así como que el recurso a técnicas cuantitativas encaminadas a establecer regularidades o correlaciones no supone *per se* un avance teórico o un mayor grado de cientificidad. Todo dependerá de la relevancia de lo que se cuente, es decir del sentido que tenga o no contarle, así como —en lo relativo al uso de técnicas cuantitativas— de la distinción entre correlaciones causales y aleatorias que se establezca en el trabajo. Sin enunciados teóricos que sirvan de guía, sin problemas o perplejidades que resolver, el resultado de aplicar determinados recursos metodológicos se convierte en algo fútil.

Quinto, ni predecir ni prescribir son prerequisites imprescindibles de una teoría, aunque aspirar a una u otra cosa, o a las dos, es legítimo y relativamente usual. La predicción es una aspiración heredada de las ciencias naturales que de momento se complace mal con el estado de elaboración de las ciencias sociales; que pueda ser o no alcanzable en el futuro forma parte de un debate que ahora no viene al caso. La prescripción (en un sentido fuerte, de *policy-making*) es una opción, que supone intentar el siempre arriesgado tránsito entre el «es» y el «debe». Aunque en la disciplina son legión los que se han dejado tentar por ello, también se ha insistido con agudeza en que es mejor dejar tales cosas a «prácticos *policymakers* que a irresponsables teóricos académicos»²⁵.

Pese a la criba que representan estos cinco requisitos, menudean los enunciados y conjuntos de proposiciones susceptibles de considerarse teóricos. En célebre metáfora de Hoffmann, «las teorías existentes sobre las relaciones internacionales pueden compararse (...) a aviones que volasen a altitudes distintas y en direcciones diferentes»²⁶.

De ahí que, desde los años cincuenta, sea habitual establecer clasificaciones o tipologías de las teorías internacionales, que pueden resultar útiles en la medida en que se tomen como lo que son: meros artificios para ordenar el campo. Entre las tipologías más utilizadas están las que parten de la amplitud del campo que pretenden abarcar las teorías, de su ambición por tanto, o de la finalidad prioritaria que persiguen. Las tipologías en función de la amplitud deslindan bien entre la «gran teoría» o teorías globalizadoras y las teorías parciales o de «grado medio». Desde principios de los años sesenta y hasta la eclosión teórica de los años noventa, la «gran teoría» ha sido, en el mejor de los casos, una ambición sin referente real. En cuanto a los fines perseguidos, la clasificación más utilizada es la que deriva de Hoffmann, que distingue entre teorías normativas o axiológicas, teorías empíricas y teorías prescriptivas (orientadas a la acción política)²⁷.

²⁴ Especialmente importante es el trabajo, concebido como manual universitario, de tres politólogos reputadísimos, entre ellos un internacionalista, en que se defiende esa tesis de forma brillante: G. KING/R. KEOHANE/S. VERBA, *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton UP, Princeton, 1994. El libro ha provocado un interesante debate recogido en *American Political Science Review*, vol. LXXXIX, 1995, n.º 2, pp. 454-481.

²⁵ S. STRANGE, «Toward a Theory of Transnational Empire», en E. O. CZEMPIEL/J. ROSENAU (eds.), *Global Changes and Theoretical Challenges. Approaches to World Politics for the 1990s*, Lexington Books, Lexington, 1990.

²⁶ S. HOFFMANN, *Teorías...*, op. cit., p. 27.

²⁷ S. HOFFMANN, op. cit. Al hacer su tipología se reclama explícitamente de David EASTON, Hans MORGENTHAU y Kenneth THOMPSON.

2. Problemas de la teorización en Relaciones Internacionales

A tenor de las manifestaciones de sus practicantes la teorización presenta numerosos problemas en relaciones internacionales, de los que destacaremos cuatro. El primero sería, siguiendo la metáfora de Hoffmann, de control y gestión del tráfico aéreo: elegir la ruta deseada, establecerla y ser capaz de seguirla sin riesgos de colisión entre tantos y tan dispares vuelos. Se trata de un problema menor. Puesto que el número de aviones y vuelos se ha incrementado mucho en los años noventa y seguimos sin disponer de una estación de control hegemónica, hay que compensar el riesgo apelando todavía al régimen de tolerancia (el pluralismo de los años ochenta) y a expedientes ordenadores de los términos de la controversia y los contendientes más precisos.

El segundo, de mayor enjundia, es la constricción que «supone el hecho de que la historia sea un pobre sustituto de un laboratorio; (... que se agranda en nuestra disciplina porque...) aun en el caso de centrarse en la conducta del Estado, hay que enfrentarse a pocos sucesos independientes y a múltiples causas de conducta en diferentes niveles de análisis»²⁸. Dicho de otra manera, las relaciones internacionales se han convertido en una disciplina pluridimensional y han de habérselas a menudo con fenómenos multicausales y sujetos a un alto grado de indeterminación. La dificultad es insoluble; por ello se ha calificado de constricción.

El tercero es a la vez problema y riesgo: la imposibilidad de distanciarse suficientemente del contexto que dicta la actualidad, con el peligro de exagerar al teorizar sobre lo que, «en caliente», parecen cambios decisivos²⁹. La solución puede consistir en combinar dos procedimientos: a) relativizar la importancia de los datos del momento insertándolos en períodos de tiempo más largo y en contextos más amplios; b) afinar el utillaje conceptual para interpretarlos y, de ser necesario, los métodos para aislarlos y contrastarlos.

Ello nos lleva a la cuarta y última dificultad, la relación entre teoría y método, polémica y problemática durante los años sesenta (segundo debate), y en la actualidad totalmente decantada del lado de la teoría. La preocupación metodológica ha pasado a un segundo plano, subordinándose a la teórica, a la resolución de problemas concretos³⁰. Sin embargo, el segundo debate ha dejado un poso importante: la imposibilidad de correlacionar método y paradigma³¹. La preferencia por uno u otro método ya no es un rasgo indicativo de simpatía por un programa de investigación o un paradigma deter-

²⁸ J. NYE, «Noerrealism and Neoliberalism», en *World Politics*, vol. XL, n.º 2, p. 235.

²⁹ Un buen ejemplo de ello sería la tendencia a sobredimensionar de forma recurrente la decadencia del poder estadounidense. Primero, en los años setenta, en virtud de la distensión, el impacto de la guerra del Vietnam, el crecimiento espectacular del comercio mundial, la actuación política visible de algunas empresas trasnacionales, y, *last but not least*, el impacto de la crisis del petróleo y sus consecuencias. Posteriormente, a finales de los años ochenta, de la mano de autores como Paul KENNEDY.

³⁰ Una postura coincidente con la que defendió Max WEBER a principio de siglo. Véase *Ensayos metodológicos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, p. 104 ss.

³¹ H. R. ALKER/T. J. BIERSTAKER, «The Dialectic of World Order: Notes for a Future Archaeologist on International Savoir Faire», en *International Studies Quarterly*, vol. XXVIII, n.º 2, pp. 121-142.

minado, como muestra en la actualidad que tanto realismo como liberalismo aboguen por posturas racionalistas, alejadas del relativismo.

3. Las fuerzas motrices: ¿hechos o ideas?

La fuerza motriz del desarrollo de la disciplina ha sido el impacto combinado, y desigual en diversos momentos, de tres factores: los cambios y debates dentro de la propia disciplina; los desarrollos y debates de las ciencias sociales en general, y en particular, su eventual influjo en las relaciones internacionales; y la evolución y transformación de la realidad internacional. Obviamente, los dos primeros factores pertenecen al ámbito de las ideas y el tercero al de los hechos. La pregunta recurrente ha sido por tanto discernir qué era más decisivo los hechos, la transformación de la realidad internacional, o las imágenes en competencia, la lucha de ideas.

Desde mediados de los años setenta³², la respuesta se ha buscado del lado de las ideas, de la mano del *dictum* que vulgarizó muchas de las posturas de la «nueva» epistemología y filosofía de la ciencia, crítica con el positivismo estrecho: «no hay hechos sino para teorías»³³. A resultas de ello, la reflexión y los autores claves de la epistemología y la filosofía de la ciencia de la época empezaron a citarse en textos de relaciones internacionales.

Primero fue Kuhn³⁴: paradigmas, ciencia normal, ciencia en crisis, anomalías, etc. La noción de «paradigma» abarcaba cosas demasiado diferentes (generalizaciones simbólicas compartidas, modelos, valores, principios metafísicos, situaciones problemáticas concretas o ejemplares) y era demasiado imprecisa para concebir sin riesgos serios la historia de la ciencia (incluyendo las relaciones internacionales) como una secuencia de paradigmas discretos y claramente delimitados, pero tuvo algún efecto saludable. Recordó que al analizar una empresa científica, como por ejemplo las relaciones internacionales, hay que atender a más cosas que a las teorías, una línea de pensamiento que se ha revelado fértil.

Al «paradigma» le siguieron los «programas de investigación» (Lakatos), las «tradiciones de investigación» (Laudan), las «superteorías» (Gutting), las «teorías globales» (Hooker), o las «cosmovisiones o *weltanschauungen*» (Wisdom)... Había llegado la época del «paradigmatismo», de la preocupación por las unidades metacientíficas³⁵. De

³² En 1974, por ejemplo, la UNESCO dedica un número de la *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (vol. XXVI, n.º 1) al «Estudio de las relaciones internacionales: paradigmas contestados».

³³ Por recordar la formulación de BANKS: «intentar comprender las relaciones internacionales supone participar en un debate entre constelaciones de ideas en competencia», en M. BANKS (ed.), *Conflict in World Society. A new Perspective on International Relations*, Wheatsheaf, Brighton, 1984, p. 4.

³⁴ Sus ideas básicas están contenidas en: *The Structure of Scientific Change* [Chicago UP, 1970, 2ª ed; trad. cast. de la 1.ª ed., FCE]; *The Essential Tension* [Chicago UP, 1977; trad. de FCE]; y en sus aportaciones a dos compilaciones celeberrimas, I. LAKATOS/A. MUSGRAVE (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge* [Cambridge UP, 1978; trad. cast. de Grijalbo] y F. SUPPES (ed.), *The Structure of Scientific Theories* (Chicago, University of Illinois Press, 1974).

³⁵ Véase Y. LAPID, «The Third Debate: on the Prospects of International Theory in a Post-Positivist Era», en *International Studies Quarterly*, vol. XXXIII, 1989, pp. 235-254.

la mano de Kuhn, Lakatos, Laudan, etc., se consideró que el progreso científico sólo podía producirse a partir de constructos relativamente estables y globales (paradigmas, programas de investigación...), las unidades que aseguraban la producción, acumulación y conservación de conocimientos.

Un paso adicional fue distinguir dimensiones o ejes en el conocimiento científico. Concretamente, tres: el contenido empírico de las teorías (eje fenoménico); las hipótesis, explicaciones y modelos teóricos (eje analítico) y, en tercer lugar, las asunciones definitorias de la realidad, las premisas epistemológicas y los elementos «ideológicos» (eje temático)³⁶. Así las cosas, las ideas y asunciones de partida (lo temático) desplazan a los hechos (lo fenoménico), condicionan su aprehensión. En el caso de las relaciones internacionales eso se produce durante el tercer debate, en que se observa un rechazo del empirismo positivista en favor de un enfoque teórico que acepta que los datos ocupan una posición subordinada.

Por consiguiente, a partir de entonces se presupone que el intercambio y la polémica intelectual no se produce ya entre individuos o teorías aisladas, sino entre paradigmas, programas de investigación, tradiciones de investigación, modelos, ontologías, imágenes... Y así se ordena el campo. La idea sería sugerente si se separara convenientemente cada uno de los tres ejes, cosa que no siempre se hace.

El comentario de dos libros ya clásicos en el campo de la economía política internacional, reseñados por S. Gill³⁷, ofrece un excelente ejemplo de lo que hemos dicho, por lo demás muy vinculado al debate realismo y liberalismo, y nos permitirá luego derivar una pauta de análisis. Gill sitúa a Gilpin entre los realistas, pero con dosis de institucionalismo à la Polanyi y de herramientas analíticas derivadas de la elección racional: es un individualista metodológico que separa «política» y «economía». Su ontología subraya los estados y los mercados; la estabilidad y el orden sistémicos polarizan su foco de atención. Cox, por el contrario, se reclama de los marxistas antiestructuralistas, con fuerte influencia gramsciana y muestra apego por el holismo metodológico: aspira a construir un concepto de economía política mundial. Su interés básico es la producción y las fuerzas sociales «domésticas», en particular en la manera en que generan poder. En síntesis, estamos ante imágenes del mundo enfrentadas: «la ontología de Gilpin —una economía política *internacional*— puede confrontarse con lo que Cox denomina una economía política *mundial* o lo que David Law y yo mismo denominamos un concepto de economía política *global*»³⁸.

Retomando la pregunta que abría este epígrafe, los hechos (en nuestro ejemplo, los cambios acaecidos en el sistema económico internacional durante y a partir la década de los setenta) se toman en consideración y analizan en ambos casos; son imprescindibles. Su efecto, no obstante, está sometido a una doble mediación por parte de las ideas.

³⁶ El triple eje fue formulado por un filósofo de la física, Gerard HOLTON, en su *The Advancement of Science and Its Burdens*, Cambridge UP, Cambridge, En relaciones internacionales la primera persona en emplearlo para reconstruir la disciplina ha sido LAPID, *op. cit.*, aunque de una forma parcial.

³⁷ Los libros son R. COX, *Production, Power and World Order. Social Forces in the Making of History*, Columbia UP, Nueva York, 1987; R. GILPIN, *The Political Economy of International Relations*, Princeton UP, Princeton, 1987. El comentario que sigue es la reseña de ambos realizada por S. GILL, «Two concepts of international political economy», en *Review of International Studies*, vol. XVI, 1990, pp. 369-381.

³⁸ S. GILL, *op. cit.*, pp. 369-371. La cursiva es del autor.

4. La doble mediación de los hechos por las ideas

En primer lugar, la derivada del *programa de investigación*³⁹ a que el autor se considera adscrito. Es decir, del conjunto de preguntas, hipótesis, métodos y esquemas explicativos o enunciados teóricos que comparte con otros autores —incluso a lo largo de varias generaciones— y da por descontado, exceptuando sus sucesivos refinamientos.

El efecto de esta primera mediación, la del eje analítico, es el achicamiento del universo de posibilidades en varios aspectos y dimensiones: lo «digno» de ser examinado, las hipótesis, esquemas explicativos y modelos teóricos a emplear. Preguntas diferentes llevan a prestar atención a datos diferentes y, posiblemente, a recurrir a diferentes herramientas analíticas. No es lo mismo considerar las relaciones de poder en las sociedades y en la política desde el ángulo de las relaciones de poder en la producción, atendiendo al trabajo, las formas estatales y las formas de orden mundial (como hace Cox), que preguntarse por la estabilidad de la economía internacional en un período de declive hegemónico estadounidense⁴⁰ y centrarse en el papel del Estado conformando e intentando controlar las fuerzas del mercado (como hace Gilpin). Nos movemos aún en los ejes fenoménico y analítico de Holton y Lapid.

En segundo lugar, la mediación derivada de las *premisas y asunciones básicas* (ontológicas, epistemológicas y axiológicas), de la imagen ordenadora de la realidad que se maneja, que puede manifestarse en forma de metáforas. Es decir, lo que Lapid denomina perspectiva, una serie de presupuestos no siempre explicitados en su totalidad ni conscientemente asumidos, con una fuerte carga valorativa. Estamos en el eje temático de Holton, que puede afectar de forma desigual a los diversos componentes de un paradigma, a autores que por lo demás comparten un programa y una tradición de investigación.

La influencia de esta segunda mediación se percibe en el programa de investigación, en la selección e interpretación de los datos, en la teorización y en la contrastación intersubjetiva de los respectivos resultados con los enfoques alternativos. Su naturaleza es dúplice: puede ser un poderoso impulsor del progreso intelectual; pero su vigor excesivo e interiorización sin reservas puede dificultar la aceptación de evidencias desfavorables o el impacto de la crítica. En palabras de uno de los internacionalistas más proclives, y conocedores, de la reflexión metológica, «el peligro de acabar siendo prisionero de asunciones no explicitadas se vuelve particularmente agudo por la naturaleza valorativamente cargada de la teoría de las relaciones internacionales»⁴¹.

³⁹ La expresión se usa en un sentido mucho más lato que el de LAKATOS, inaplicable aquí por dos razones: a) su autor lo usa en un contexto en que lo esencial es valorar el progreso científico, entendido como una «lucha» entre teorías rivales en la que el mundo actúa como «referee»; b) constituye la unidad histórica de valoración de ese progreso, definiéndose como una secuencia de teorías en la que cada teoría se genera modificando la anterior. Para LAKATOS un programa de investigación ha de tener tres componentes:

a) un núcleo duro (un grupo de aserciones teóricas, que debe compartir cualquier teoría que forme parte del programa); b) un principio heurístico negativo (una guía metodológica que estipula que los elementos del núcleo duro no se abandonarán de toparse con anomalías); c) un principio heurístico positivo, que sugiere formas de conducta ante las anomalías. Véase I. LAKATOS, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge UP, 1978.

⁴⁰ En el sentido que se ha dado en la economía política internacional, en particular la estadounidense, a la noción de hegemonía: la capacidad y la voluntad de un Estado de liderar e imponer orden en el sistema económico internacional.

⁴¹ R. O. KEOHANE, *Neorealism and Its Critics*, Columbia UP, Nueva York, 1986, p. 4.

Ni Gilpin ni Cox escapan a la influencia de su *perspectiva o imagen*, a la segunda mediación de las ideas sobre los hechos, que se manifiesta en su aprehensión de cambios en el sistema económico internacional de los años setenta, como la alteración del estatus del dólar que pasa de moneda dominante a moneda «negociada»⁴². Gilpin los «ve» desde su convicción predominantemente conservadora: pese a los cambios producidos en la política internacional y a las sucesivas transiciones hegemónicas⁴³, la naturaleza fundamental de las relaciones internacionales no ha cambiado en milenios⁴⁴, por lo que son escasas las perspectivas de cooperación racional entre los grandes Estados capitalistas. Cox los «concebe» en términos gramscianos: una «crisis orgánica» provocada por el orden neoliberal, el umbral que parece marcar una transición de un orden mundial a otro, que disuelve el «bloque histórico» neoliberal y provoca un realineamiento de las fuerzas sociales de futuro incierto, pero con espacio para el juego de sectores progresistas.

5. A modo de corolario: programas de investigación, perspectivas, campos y enunciados teóricos

Distinguir una doble mediación de los hechos sobre las ideas (es decir, diferenciar entre «programas de investigación» y «perspectivas» o «imágenes» en lugar de hablar simplemente de «teorías», con o sin adjetivos) resulta muy provechoso en varios sentidos.

1. Permite tomar en consideración las creencias cognitivas, las *misperceptions*, las variables perceptuales y en general todas las propuestas que abogan por explorar el impacto de los valores, individuales y grupales, en la construcción de teorías⁴⁵. No obstante, al restringir su impacto básico a las imágenes o asunciones de partida, al contexto de descubrimiento y no al de validación o justificación, se esquivan los problemas derivados de las tres formas de relativismo que menudean entre las tendencias pospositivistas⁴⁶: a) el epistémico, que sostiene que, habida cuenta de la escasa importancia de la evidencia empírica en la elección de teorías (las tesis de la subdeterminación de Quine, Kuhn, Lakatos, Rorty, Feyerabend o Goodman), cualquier teoría puede defenderse racionalmente a partir cualquier evidencia empírica mínima; b) el metametodológico, que afirma que las pautas y estándares de evaluación de teorías son meras convenciones que no reflejan en modo alguno hechos relativos a los asuntos de que se ocupa la teoría en cuestión; y c) el lingüístico, que postula que una visión del mundo o marco

⁴² La expresión, ya clásica, corresponde al trabajo de Susan STRANGE, *Sterling and British Policy. A Political Study in an International Currency in Decline*, Oxford UP, Londres.

⁴³ Otro trabajo suyo, GILPIN (1981), supone una revisión en clave realista de las tesis, que se remontan a TUCÍDIDES, acerca de cómo el crecimiento desigual lleva a ciclos de estados hegemónicos en ascenso y declive y al estallido de guerras sistémicas. En cuanto al carácter conservador —en sentido no político— de sus tesis sobre la naturaleza del sistema, hay que señalar que son mucho menos estáticas que las de WALTZ (1979), puesto que aceptan al menos los ciclos.

⁴⁴ Véase también una obra anterior de GILPIN, *War and Change in World Politics*, Cambridge UP, Nueva York, 1981.

⁴⁵ Véase por ejemplo W. P. KREML/CH. KEGLEY, «Must be Elusive? Theory Building in International Relations?», en *Alternatives*, vol. XV, 1990, pp. 155-175.

⁴⁶ Sigue en este punto el brillante ensayo de LAUDAN «The Sins of the Fathers... Positivist Origins of Postpositivist Relativism», que abre el libro ya citado *Beyond Positivism and Relativism...*

conceptual concreto no resulta inteligible en el lenguaje de la visión o marco de una visión rival, lo que abre las puertas a hablar de la intraducibilidad o incommensurabilidad de «teorías»⁴⁷.

La distinción mencionada permitiría aceptar el potencial de muchas de las aplicaciones del deconstruccionismo y métodos genealógicos para contextualizar nociones claves de la teoría de las relaciones internacionales⁴⁸, sin caer en el «relativismo pan-textual» con que muchos postmodernos sustituyen la argumentación⁴⁹. Lo mismo podría decirse de muchas de las aportaciones de la sociología del conocimiento y la «construcción social de la realidad»⁵⁰, de la hermenéutica gadameriana y, sobre todo, del constructivismo y cognitivismo y su insistencia en el «aprender a aprender»⁵¹, una de las tendencias claves para entender el actual debate entre liberales y realistas, en particular dentro de la teoría de los regímenes, tanto en su formulación débil⁵² como fuerte⁵³. No obstante, por insistir en lo ya dicho, su utilidad estaría sobre todo en el foco inicial de la teoría de regímenes, su formación y no tanto en el análisis de su eficacia.

Por último, también podría aplicarse, aunque con mayor dificultad por su pretensión de convertirse en la «gran teoría» de las relaciones internacionales, a los enfoques que se reclaman de la «teoría crítica» y explicitan su opción por una «teoría emancipatoria». La dificultad estriba en su recurso a la confusa distinción habermasiana entre los intereses epistémicos que fundamentan las ciencias naturales (técnico), las sociales (emancipatorio) y las hermenéuticas (pragmático)⁵⁴. Como ha dicho con agudeza Antoni Domènech, hacer buena ciencia, contribuir a liberarse de constricciones informativas, coadyuva siempre a la emancipación del ser humano⁵⁵, independientemente de la perspectiva ideológica y valorativa del autor al que se deba la contribución. Entender las cosas es un prerequisite para cambiarlas. La utilidad o no de la teoría crítica en la comprensión de la política mundial dependerá de los programas de investigación que impulse⁵⁶.

2. Ayuda a discernir lo que realmente distingue y asemeja a enfoques o campos de estudio, convirtiéndose en una herramienta para reconstruir la génesis de esos cam-

⁴⁷ Es decir, el relativismo más típico de buena parte de las tendencias posmodernas que se reclaman del llamado «giro lingüístico» que popularizó en filosofía la ya clásica antología de Richard RORTY, *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago UP, Chicago.

⁴⁸ Véase por ejemplo J. BARTELSON, *A Genealogy of Sovereignty*, Cambridge U. P., Cambridge, 1995.

⁴⁹ La expresión, tan sugerente como tantas otras de su autor, pertenece a E. GELLNER, que la acuñó en *Postmodernism. Reason and Religion*, Routledge, Londres, 1992. Especialmente interesante es su descripción de las consecuencias para la vida académica de la aceptación de que todo punto de vista es igualmente e intrínsecamente contestable y contestado.

⁵⁰ Véase al respecto el influyente libro de D. CAMPBELL, *Methodology and Epistemology for Social Science*, Chicago UP, Chicago, 1988.

⁵¹ Véase el trabajo de Peter HAAS y Ernet B. HAAS, «Learning to Learn: Improving International Governance», en *Global Governance*, vol. I, 1995, n.º 3, pp. 255-284.

⁵² Autores como Judith GOLDSTEIN, R. KEOHANE, E. HASS y P. HAAS.

⁵³ En particular A. WENDT.

⁵⁴ Véase J. HABERMAS, *Conocimiento e interés*, Tecnos, Madrid, 1982.

⁵⁵ Antoni DOMÈNECH, *De la ciencia social a la teoría del método. Un viaje de ida y vuelta* (manuscrito inédito), pp. 119 s.

⁵⁶ Un ejemplo de su potencial es su presencia, entre otras tendencias que se reclaman del posmodernismo y posinternacionalismo, entre las fuentes inspiradoras del monográfico de *Millennium. Journal of International Studies* (vol. XXV, 1996, n.º 3) dedicado a la «pobreza en la política mundial», coordinado por Mary DUFFEE y James ROSENAU.

pos o de diversas teorías. Permite también introducir los enfoques que se reclaman del sesgo, de la mirada propia, como la investigación para la paz⁵⁷, el enfoque feminista o los estudios estratégicos.

La investigación para la paz y los estudios estratégicos, por ejemplo, se presentaron como enfoques antagónicos e irreconciliables, pese a estudiar los mismos aspectos de la realidad durante los años cincuenta y principios de los sesenta. Pero lo realmente antitético eran las asunciones de partida, la perspectiva, y no tanto el programa de investigación, al menos no en su totalidad.

3. Resulta útil, en *tercer lugar*, para tomar en consideración aspectos del desarrollo de la disciplina que quedan desatendidos o confusos cuando ésta se analiza únicamente desde la óptica de los «paradigmas» o los enfoques en liza, independientemente de la discrepancias en el número, denominación y rasgos distintivos al clasificarlos⁵⁸.

Por un lado, permite prestar atención a lo que suelen denominarse «problemáticas», algo así como programas de investigación *in nuce*. Así, los diversos enfoques o paradigmas deben hacer frente, con intensidad y preferencias no coincidentes, a los tres básicos de la disciplina: las relaciones entre Estados, las interacciones entre actores transnacionales y el sistema internacional globalmente considerado. Por otro, lo que pueden denominarse *subcampos* o subáreas de la disciplina, y en especial a los más nuevos, como el análisis de políticas exteriores o la economía política internacional⁵⁹. Son campos cuyo desarrollo se ha visto beneficiado a veces por la coexistencia paradigmática: se definen por el acuerdo entre investigadores acerca de qué estudiar más que por la coincidencia en la manera de hacerlo⁶⁰. La economía política internacional en concreto puede describirse como un conjunto de preguntas compartidas —al menos parcialmente— acerca de las relaciones entre Estados y mercados⁶¹. Si aplicáramos a sus principales representantes el triple criterio de Holsti para discernir entre paradigmas⁶²,

⁵⁷ Véase al respecto R. GRASA, *A vueltas con la paz y el desarrollo. Investigación, acción y educación*, La Catarata, Madrid, (en prensa).

⁵⁸ Aunque las propuestas han proliferado, por lo general las tipologías usan entre dos y cuatro categorías de clasificación. Lo más frecuente, como es sabido, es diferenciar entre paradigma *realista* (también llamado a veces del estado de naturaleza, de la anarquía u hobbesiano), *pluralista* (o transnacional, de la sociedad mundial, grociano, liberal) y *estructural* (denominado también de la dependencia, marxista, del mercado).

⁵⁹ Existen otros como la teoría internacional y la teoría normativa, los estudios sobre paz y conflictos, la organización internacional, etc.

⁶⁰ C. N. MURPHY/R. TOOZE (eds.), *The New International Political Economy*, Lynne Rienner, Boulder, 1991, p. 1. La caracterización serviría también para campos con mayor historia, como los estudios sobre seguridad; véase al respecto J. NYE/S.M. LYNN-JONES, «International Security Studies. A Report of a Conference on the State of the Field», en *International Security*, vol. XII, n.º 4, 1988, pp. 5-27.

⁶¹ Véase R. GILPIN, *The Political Economy...*, *op. cit.*, p. 9. Las preguntas surgen de un enigma o perplejidad («puzzle»), en el sentido de ROSENAU (James N. ROSENAU, «Puzzlement in Foreign policy», en *Jerusalem Journal of International Relations*, 1976, n.º 1, pp. 1-10): ¿Por qué los Estados se muestran incapaces de actuar en pro de la regulación y estabilización de un sistema financiero internacional, vital para la «economía real» como se sabe, pero del que todos los expertos —gubernamentales o extragubernamentales— coinciden en señalar que tiene la peligrosa necesidad de una mayor regulación en pro de su propia seguridad?

⁶² K. HOLSTI, *The Dividing...*, *op. cit.*, que habla de la problemática principal, el actor o unidad de análisis privilegiada y la imagen del mundo.

encontraríamos grandes coincidencias: Prácticamente totales respecto de la problemática principal⁶³ y altas en cuanto a las unidades centrales de análisis.

Hay sin embargo divergencias significativas a propósito de la imagen del mundo, de las asunciones de partida, vinculadas al debate sobre la interdependencia y a la constatación de que el orden económico liberal de posguerra, al facilitar el crecimiento de la economía mundial y crear el contexto de la globalización de la actividad económica, había alterado política y economía. Las diferencias de fondo atañen a la forma de interpretar esa alteración, al significado que se atribuye a la imbricación mutua de la política y la economía: ¿progresiva disolución de lo político en lo económico y, a la recíproca, creciente politización de lo económico, que altera sustantivamente la naturaleza de la política? ¿Simple ampliación —aunque notoria— del campo semántico de lo «político»?

Por ilustrarlo con un ejemplo que alude a un tema bien conocido, son las diferentes asunciones de partida las que permiten comprender que, pese a las semejanzas en otros puntos, Keohane y Gilpin no piensan lo mismo cuando se preguntan qué sucede después de la hegemonía⁶⁴. Por su parte, aunque Susan Strange esté quizá más cerca de Keohane que de Gilpin, se distanció de éste y de los enfoques liberales e institucionalistas mediante su crítica a la noción de «régimen»⁶⁵, señalando que el uso convencional del concepto era poco provechoso por su «interés político en preguntarse “¿Cómo debe mantenerse el orden?” en un momento en que la cuestión de mayor fuste político y precriptivo era “¿Cómo lograr el cambio?”». Eso, empero, no impide que Strange, Gilpin o Keohane puedan coincidir en muchos puntos y que sus aportaciones teóricas empíricas no sean contrastables y traducibles entre sí.

4. Permite, en cuarto y último lugar, recuperar el equilibrio: insistir en que si bien la actividad científica no se agota en las teorías, tampoco puede hablarse de conocimiento científico sin enunciados de valor teórico. Es decir, enunciados que conceptualicen con cierto grado de abstracción y generalización, establezcan algún tipo de conexión causal tentativa y distingan razonablemente en su exposición entre los enunciados explicativos y los valores de quien los formula, requisito imprescindible para su posterior contrastación con enunciados alternativos.

Las perspectivas, las asunciones de partida, las «imágenes alternativas»⁶⁶, las «concepciones del mundo» o cosmovisiones, no son teorías en sentido fuerte (no hay conexiones causales relativas a hechos del eje fenoménico), sino puntos de vista que pueden desembocar en enunciados de valor teórico a través de los diversos programas de investigación a que dan vida.

⁶³ Existen, empero, matices: «las causas y efectos de la economía de mercado mundial, la relación entre cambio económico y político, y la significación de la economía mundial para las economías domésticas», según GILPIN, *The Economy...*, p. 14; «los acuerdos y disposiciones (*arrangements*) sociales, políticos y económicos que afectan a los sistemas globales de producción, intercambio y distribución, y la mezcla de valores que se refleja en ellos», S. STRANGE, *States and Markets. An Introduction to International Political Economy*, Pinter, Londres, 1988, p. 18.

⁶⁴ Para GILPIN, véase el ya citado *The Economy...*; para KEOHANE, *After Hegemony. Co-operation and Discord in the World Political Economy*, Princeton UP, Princeton, 1984.

⁶⁵ Aludo a S. STRANGE, «*Cave! Hic Dragones: A Critique of Regime Analysis*», en *International Organization*, vol. XXXVI, 1982, n.º 2, pp. 479-497.

⁶⁶ Expresión popularizada por P. VIOTTI/M. KAUPPI, *International Relations Theory. Realism, Pluralism, Globalism*, Macmillan, Londres, 1987.

Las imágenes o visiones del mundo pueden ser incompatibles o percibirse como irreconciliables; pero no sucede lo mismo, necesariamente, con las teorías. Los enunciados teóricos ni son necesariamente irreconciliables ni intraducibles, puesto que tienen como referente el eje fenoménico. Los paradigmas à la Kuhn quizás sean inconmensurables; las teorías, pese a las afirmaciones contrarias de Kuhn o Feyerabend⁶⁷, no. Que coexistan diversas teorías, que ninguna de ellas pueda ser verdadera en sentido absoluto, no significa renunciar a contrastarlas, a que una acabe siendo más verosímil que otra. De otra forma se resentiría el ideal de ciencia: liberarnos de constricciones informativas.

La premisa de traducibilidad y posibilidad de coexistencia, más o menos pacífica, de las teorías tiene un corolario inmediato: algunos enunciados con valor teórico pueden diferir grandemente entre autores que comparten una misma imagen, como es obvio; o bien asemejarse notablemente entre autores con diferentes imágenes alternativas. La razón es la mediación que el eje temático habrá realizado sobre el analítico y fenoménico, suponiendo que sus enunciados teóricos realicen afirmaciones sobre el mundo, es decir, que no sean —como sucede con muchas de las pretendidas «teorías» surgidas de autores que se reclaman de la teoría crítica o de la posmodernidad— simples afirmaciones metateóricas respecto del eje temático o a la sumo analítico.

Así, quienes prestan atención a los «nuevos actores» suelen coincidir en apreciaciones previas como las siguientes: la importancia de la difuminación de la línea de demarcación entre «*high*» y «*low politics*»; la existencia de una pluralidad de actores relevantes; el carácter contingente e histórico del Estado; la proliferación de modelos como el del «estado comercial abierto», fruto del incremento de interacciones no describibles como juegos de suma nula; la necesidad de incorporar aspectos no jurídicos (funcionales o empíricos) a la definición de actor, etc. Ello no quiere decir que sus conclusiones finales, derivadas de sus enunciados teóricos acerca de la realidad, respecto de la importancia del Estado y el modelo estatocéntrico coincidan. Todo lo contrario, varían sustancialmente. Algunos, sin cuestionar necesariamente la centralidad del Estado, señalan con cautela que las relaciones interestatales no agotan las relaciones internacionales y, además, los flujos transfonterizos agujerean y traspasan las fronteras soberanas y modifican el papel del Estado. Otros lanzan desafíos con mayor enjundia y pretensión de globalidad, como los contenidos en la obra seminal del enfoque transnacionalista de los transnacionalistas o en la propuesta del «*issue paradigm*»⁶⁸.

No se trata por tanto, sabemos hoy, de paradigmas contrapuestos e irreconciliables sino de simples construcciones teóricas, todas ellas provisionales, que, al mediar sobre los hechos y nuestra mirada al mundo, divergen en la consideración del grado de pertinencia de unos fenómenos.

⁶⁷ Pese a las diferencias ambos autores sostienen que en ocasión de grandes cambios teóricos («ciencia en crisis» y «cambio de paradigmas») las teorías en disputa ni siquiera pueden ser comparadas en virtud de la variación radical de significado que sufren los términos *dentro* de cada una de ellas. Para una crítica convincente desde una postura racionalista moderada, a la que el autor se adscribe, véase el excelente libro de W. H. NEWTON SMITH, *The Rationality of Science*, Routledge, Londres, 1981 [existe traducción castellana en editorial Paidós], cap. 7.

⁶⁸ Véase R. MANSBACH/J. VASQUEZ, *In Search of a Theory: A New Paradigm for Global Politics*, Columbia UP, Nueva York, 1981.

Siguiendo el hilo de la fuerza de las ideas e imágenes en el desarrollo de la disciplina y su doble mediación sobre los hechos, hemos llegado de nuevo a los enunciados teóricos para subrayar la importancia del principal adjetivo que puede asignarse a «teoría» cuando se usa para referirse al eje analítico, «buena teoría». Holsti lo expresó muy cabalmente al iniciarse la eclosión de la teoría en la posguerra fría: «el propósito último de la actividad teórica es mejorar nuestra comprensión del mundo de la política internacional»⁶⁹.

IV. LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LOS AÑOS NOVENTA

Para opinar sobre lo cerca o lejos que estamos de ese propósito es necesario describir el estado presente de la teoría de las relaciones internacionales. Ello presupone disponer de un referente de comparación, una visión de conjunto de la evolución de la teoría, y en particular de lo sucedido desde el advenimiento del tercer debate en los años setenta. La inadecuación de los instrumentos de análisis al uso para cartografiar la situación que pone de manifiesto la reconsideración crítica de ese tercer debate aconseja, como veremos, proponer y aplicar una pauta diferente.

1. La evolución de la teoría de las relaciones internacionales: un apunte de conjunto

El desarrollo de la disciplina ha sido bastante lineal y poco convulsivo⁷⁰. Ha habido «batallas intelectuales»⁷¹, debates teóricos y/o metodológicos, pero por lo general en esas contiendas ha predominado la guerra de posiciones y el trabajo de zapa, no la guerra de movimientos o las operaciones de *blitzkrieg*. Por otro lado, muchas de las presuntas víctimas han acabado resucitando. Ello explica probablemente por qué en general se ha reconstruido la evolución de la discusión teórica en relaciones internacionales apelando de paradigma y, en particular, la de debate⁷².

⁶⁹ K. HOLSTI, «Mirror, Mirror on the Wall, Which Are the Fairest Theories of All?», en *International Studies Quarterly*, 1989, vol. XXXIII, pp. 255-261. La cita literal en p. 261.

⁷⁰ Habida cuenta que la primera parte de este apartado no tiene pretensión de análisis detallado, se economizan al máximo citas y referencias. Para una visión de conjunto de la evolución de la disciplina véase: C. del ARENAL, *Introducción a las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 1990 (3.ª ed.). Como complemento a aspectos específicos, véanse: S. HOFFMANN, «An American Social Science: International Relations», en *Daedalus*, 1977, n.º 106, pp. 41-59 [también en S. HOFFMANN, *Janus and Minerva. Essays in the Theory and Practice of International Relations*, Westview, Boulder, 1987, pp. 3-24]; E. BARBÉ, «El estudio de las relaciones internacionales. ¿Crisis o consolidación de una disciplina?», en *Revista de Estudios Políticos*, 1989, n.º 65, pp. 173-196.

⁷¹ La expresión pertenece a I. L. CLAUDE, quien la usó para referirse al debate de los años cincuenta entre idealistas y realistas. Véase «Symposium in honor of Hans J. Morgenthau», en *International Studies Quarterly*, 1981, vol. XXV, n.º 2, pp. 179-241.

⁷² Uno de los máximos especialistas en ello, en particular desde enfoques paradigmáticos, es M. BANKS, que calificó en 1984 el tercer debate «interparadigmático» que ha hecho fortuna. Véanse sus: «Two Mea-

También escasean los golpes de mano; las operaciones cruciales que deciden una contienda. Cuando han existido, como en el debate entre idealismo⁷³ y realismo que se inicia en los años treinta y eclosiona en los cincuenta, eran innecesarias: en 1945, el idealismo estaba derrotado o en desbandada, y a partir de ese momento la controversia enfrenta básicamente a realistas puros con aquéllos que atemperaban su realismo con una pizca de idealismo. Se trató, empero, de un debate con fuerte carga valorativa, en que la imagen, el concepto y el programa de investigación manejados por unos y otros se percibían como antitéticos. Predominaron por tanto, los ejes temático y analítico, las ideas.

Durante el segundo debate («historia versus ciencia»), librado entre tradicionalistas y cientificistas durante los años cincuenta y sesenta en dos campos de batalla interconectados, la ciencia política y las relaciones internacionales, los behavioristas buscaron una y otra vez el golpe definitivo⁷⁴. Y aunque a menudo creyeron haberlo asestado, nunca fue así. Ambos bandos tendieron a exagerar sus críticas, aportaciones, capacidad y competencia; de ahí que probablemente haya sido el debate con mayor virulencia y acritud, al menos hasta los años noventa, pese a que parte de las asunciones de partida, en especial las ontológicas, y del programa de investigación eran compartidas. El debate se circunscribió básicamente a algunos aspectos metodológicos del eje temático y analítico. Como es sabido, el realismo, con sus posteriores variantes, siguió siendo dominante y, además, no se produjo el advenimiento del estadio realmente científico, la superación de las preteorías de que hablaron los behavioristas. La falta de enunciados teóricos o aun de ideas que dieran consistencia a la acumulación de datos y al utillaje sofisticado hizo que éstos afilaran constantemente sus herramientas y cortaran bien poco con ellas. El eje fenoménico brilló por su ausencia.

Por lo que respecta al tercer debate, el que contrapone a globalistas y realistas⁷⁵, tanto los términos de su desarrollo como su resultado eran bastante confusos a finales de los años ochenta. Surgió en un contexto de cierta efervescencia teórica y crisis de identidad, tras la quiebra del consenso epistemológico positivista, vinculado a debates semejantes en la teoría política y social, de ahí que sí que afecte fuertemente, a diferencia del segundo, al eje analítico. De ahí que exija mayor atención.

2. Reconsideración del tercer debate: embrollos e insuficiencias

Al analizar las reconstrucciones canónicas del llamado debate interparadigmático entre realismo, globalismo y estructuralismo llama la atención, comparado con los dos an-

nings of Theory in the Study of International Relations», en *The Yearbook of World Affairs*, 1966, pp. 220-240; «Ways of Analyzing the World Society», en AJR GROOM/C. MITCHELL (eds.), *International Relations Theory: A Bibliography*, F. Pinter, Londres, 1977; «General Theory in International Relations: New Directions», en *Millenium*, 1979, vol. VIII, n.º 3, 1979, pp. 252-266; *Conflict in World Society. A New Perspective on International Relations*, Wheatsheaf Books, Brighton, 1984.

⁷³ De hecho, calificar de «idealistas» o «utópicos» a autores como Alfred ZIMMERN, Philip NOEL-BAKER, David MITRANY o Pitman PORTER, que nunca se habían autodenominado así, es ya un golpe de mano. Para la caracterización «paradigmática» del idealismo, véase J. VASQUEZ, *The Power of Power Politics. A Critique*, Rutgers UP, New Brunswick, N. J., 1983, pp. 14-15.

⁷⁴ Pueden consultarse muchas de las principales piezas polémicas en K. KNORR/J. ROSENAU (eds.), *Contending Approaches to International Politics*, Princeton UP, Princeton, 1970.

⁷⁵ Véase R. MAGHOORI/B. RAMBERG, *Globalism versus Realism. International Relations Third Debate*, Westview, Boulder, 1982. El estructuralismo es, en el mejor de casos, más espectador que participante, al estar fuera del *mainstream*.

teriores, tanto su duración como la mezcolanza de temas a que parece afectar. Así, muchos estudiosos y algunos de sus protagonistas se han empeñado en alargarlo casi *ad infinitum*, hasta el punto de que menudean los textos que todavía sostienen que estamos inmersos en el tercer debate, una muestra de su escaso valor actual como expediente ordenador de la disciplina⁷⁶. Las controversias afectan a los tres ejes de la disciplina y, a tenor del magma de producción teórica, todo está en cuestión, todo es discutido y discutible. No obstante, la mayor parte de autores parecen haber prestado mucha menos atención al eje fenoménico que a los otros dos, a excepción de la que podríamos llamar «fase neo-neo» de acercamiento entre liberalismo y realismo a partir de mediados de los años ochenta, que se propuso justamente dilucidar las diferencias en el terreno empírico.

Incluso autores que simpatizan con las tesis paradigmáticas han subrayado al comentar el debate Lapid la gran confusión residual respecto de la fuente, naturaleza, dirección y consecuencias de la presente transición intelectual⁷⁷. Si, además, a la mezcolanza y abundancia de temas y planos en discusión añadimos los derivados de la eclosión teórica de la posguerra fría, habida cuenta de que predomina la tesis de que el debate aún está vivo, no resulta extraño que se haya sugerido que Holsti debería cambiar el título de su célebre libro de mediados de los años ochenta, *The Dividing Discipline*, por el de *The Divided Discipline*.

La desorientación que produce acercarse a una situación tan magmática y efervescente como la actual con la única ayuda de la cartografía derivada del tercer debate y la inconmensurabilidad de los paradigmas requiere explicación y enmienda. Para la explicación basta con recurrir, en mi opinión, al impacto combinado de dos cosas: hábitos de conducta derivados de la linealidad del proceso de desarrollo de la disciplina e inadecuación del instrumento de análisis.

Los largos períodos de hegemonía intelectual de un enfoque o visión del mundo (primero el idealismo, luego el realismo) sobre los enfoques potencialmente alternativos impusieron durante décadas hábitos de conformismo y minimizaron la visibilidad e influencia del pensamiento divergente, del llamado «lenguaje del exilio»⁷⁸. Durante los años noventa, la carencia de un enfoque teórico claramente hegemónico o dominante y la mayor deslegitimación del realismo favorecieron una impetuosa implosión de pensamiento crítico, algo así como una proliferación compensatoria. Dicho en términos caros a Chomsky, durante mucho tiempo pocas personas se atrevían, consciente o inconscientemente, a atravesar los límites del pensamiento posible. Un fenómeno que también funciona a la inversa: cuando la moda socializa cierto tipo de críticas y de jerga, pocos resisten la tentación de añadirse a la tendencia dominante. Por su parte, la inadecuación del instrumento de análisis, está vinculada a la obsesión del *mainstream* por el «paradigmatismo» más simple, es decir, el que no distingue la doble mediación de los hechos sobre las ideas. Un ejemplo de la posguerra fría muestra cómo opera ese tipo de reconstrucciones y las confusiones que provoca, es decir, señala lo que debe enmendarse. El ejemplo ilustra un proceder común, anterior incluso a la época de posguerra fría.

⁷⁶ Véase al respecto la reflexión de Ole WAEVER, «The rise and fall of the inter-paradigm debate», en S. SMITH/K. BOOTH/M. ZALEWSKI, *International Theory: positivism and beyond*, op. cit., pp. 149-185.

⁷⁷ Y. LAPID, op. cit., p. 238.

⁷⁸ R. K. ASHLEY/R. B. WALKER, «Speaking the Language of Exile: Dissident Thought in International Studies», en *International Studies Quarterly*, 1990, vol. XXXIV, pp. 259-268.

Diversos autores que se reclaman de la teoría crítica, en particular Mark Neufeld, han propuesto proseguir y reinterpretar el tercer debate en función de uno de los que consideran rasgos distintivos de la «criticidad»⁷⁹, la reflexividad teórica, entendida como autorreflexión sobre el proceso de teorización. Con ese objetivo Neufeld singulariza, a partir del grado de reflexividad metateórica y del acercamiento/alejamiento al positivismo de sus participantes, tres tipos de intervención en el tercer debate, entendidas como respuestas a la pregunta por la posibilidad y alcance de la contrastabilidad interparadigmática: *a*) los paradigmas son conmensurables y comparables (la más positivista, donde sitúa a Holsti); *b*) son inconmensurables y por ende incomparables (aparentemente la más relativista, cita a McKinlay y Little⁸⁰ o a Rosenau) y *c*) son inconmensurables y sin embargo comparables (al menos —dice— en términos de su contenido político-normativo), que ejemplifica en corrientes divergentes como la teoría crítica, el neomarxismo gramsciano (R. Cox⁸¹) y el posmodernismo (por ejemplo, Ashley⁸², George/Campbell⁸³). Conclusión final, aunque Holsti optó por el pluralismo y admitió como deseable la posibilidad de síntesis teórica, al no romper con la consideración positivista de la verdad como correspondencia con los hechos, en el fondo distingue entre los diversos paradigmas al permitir que éstos «se evalúen según la precisión de su descripción fáctica»⁸⁴.

Lo cierto es que Neufeld ha mezclado, una vez más en la disciplina, la inconmensurabilidad relativa a las asunciones del eje temático, los problemas de traducción que afectan a veces al eje analítico y los expedientes para contrastar la veracidad o verosimilitud de los enunciados relacionados con el eje fenoménico. Que nos resulte imposible comprender y explicar el mundo, las relaciones internacionales, sin introducir en nuestro discurso elementos subjetivos, es una cosa, por lo demás polémica; otra bien diferente, es olvidar que ese mundo existe en cualquier caso fuera de nosotros y que hacer ciencia significa intentar conocerlo y explicarlo.

De esa mezcla derivan otros equívocos y errores. El *primero*, criticar como error o parcialidad lo que realmente es un acierto, la propuesta de Holsti de resolver lo relativo al contenido fuertemente teórico de los enfoques en liza en el terreno de su adecuación a los hechos que pretenden explicar (eje analítico y, sobre todo, fenoménico). Vuelvo a insistir en que el grado de verosimilitud o plausibilidad de las explicaciones teóricas respecto de los

⁷⁹ Los otros dos serían prestar atención al papel creativo de la conciencia humana y la preocupación por la crítica social en apoyo de actividades políticas prácticas orientadas al cambio social radical. Véase M. NEUFELD, *The Restructuring*, op. cit., p. 21, para lo relativo a la «criticidad». Respecto de su reinterpretación del tercer debate, y su intento de superarlo, véase «Reflexivity and International Relations Theory», en C. T. SJOLANDE/W. S. COX (eds.), *Beyond Positivism. Critical Reflections on International Relations*, Lynne Rienner, Boulder, 1994, pp. 11-36.

⁸⁰ Concretamente, R. D. MCKINLAY/R. LITTLE, *Global Problems and World Order*, University of Wisconsin Press, Madison, 1986.

⁸¹ Véase en particular R. COX, «Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory», en *Millennium*, 1981, vol. X, n.º 2, pp. 126-155 [reproducido también en R. KEOHANE, *Neorealism and its Critics*, op. cit.].

⁸² Por ejemplo, R. ASHLEY, «Geopolitics, supplementary, criticism: A Reply to Professors Roy and Walker», en *Alternatives*, 1988, vol. XIII, pp. 93-94.

⁸³ J. GEORGE/D. CAMPBELL, «Patterns of Dissent and the Celebration of Difference: Critical Social Theory and International Relations Theory», en *International Studies Quarterly*, 1990, vol. XXXIII.

⁸⁴ M. NEUFELD, «Reflexivity...», op. cit., p. 24.

fenómenos que pretenden explicar es algo totalmente independiente de la forma y razones porque se eligieron esos hechos u otros, así como del filtro o perspectiva «temática» con que se aborda su explicación. Aun cuando fuera imposible contrastar en un momento determinado la adecuación de una teoría, si las teorías hablan realmente de hechos serán verdaderas o falsas (plausibles o no plausibles, más o menos verosímiles...) pese a que no estemos en condiciones de calificar una teoría determinada de lo uno o lo otro.

El *segundo* equívoco es considerar que la propuesta de Holsti, reiterada en términos aún más ponderados y precisos por Robert Keohane en su alocución de 1988 como presidente de la International Studies Association⁸⁵, es privativa de lo que Neufeld llama positivismo. Cualquier otra epistemología científica que se haga eco del ideal de explicación en sentido lato debe aceptar las ya comentadas exigencias de causalidad e inteligibilidad. Se encuentra en partidarios de la «comprensión» como el propio Max Weber⁸⁶ y, por supuesto, entre los diversos tipos de racionalistas, es decir, defensores de un modelo racional de la ciencia y el cambio científico.

Ahí reside el *tercer* problema de la argumentación de Neufeld, englobar bajo la etiqueta de positivismo posiciones diferentes y aun confrontadas sobre el quehacer científico, en particular sobre la racionalidad de la ciencia. De acuerdo con el uso habitual en metodología de la ciencia, el positivismo metodológico se caracteriza por creer que es posible descubrir un algoritmo que especifique las condiciones necesarias y suficientes para hacer ciencia, algo que nadie defiende en la actualidad. En la actualidad la metodología y la epistemología se restringen al plano criterial, es decir, intentar ofrecer criterios útiles —que pueden ser muy variados— para acercarse a la meta del conocimiento científico. Sin embargo, Neufeld define el positivismo a partir de tres rasgos distintivos: uso de la noción de verdad como correspondencia con la realidad, aceptación del principio de desvinculación axiológica y adscripción al ideal de ciencia unificada. Tal definición es mucho más amplia que la canónica, por lo que abarca muchas concepciones que se han reclamando alejadas del positivismo. La consecuencia de ello es que, al hablar luego, de «giro pospositivista», se acaba incurriendo en posturas relativistas y olvidando una rica gama de posiciones intermedias, como veremos.

El error, por lo demás, se repite en otras argumentaciones⁸⁷. Así, Steve Smith insiste en presentar a Keohane como positivista⁸⁸ citando justamente un texto suyo en que

⁸⁵ R. O. KEOHANE, «International Institutions: Two Approaches», en *International Institutions and State Power. Essays in International Relations Theory*, Westview Press, Boulder, 1989, pp. 158-182. Véanse especialmente pp. 173-174.

⁸⁶ Véase un ejemplo: «Decimos que una conducta que se desarrolla como un todo coherente es «adecuada por el sentido», en la medida en que afirmamos que la relación entre sus elementos constituye una conexión de sentido típica (...) Decimos, por el contrario, que una sucesión de hechos es «causalmente adecuada» en la medida en que, según reglas de *experiencia*, exista esa *probabilidad*: que siempre transcurra de igual manera (...) Una interpretación causal correcta de una acción *típica* (tipo de acción comprensible) significa: que el acaecer considerado típico se ofrece con adecuación de sentido (en algún grado) y puede también ser comprobado como causalmente adecuado (en algún grado). Si falta la adecuación de sentido nos encontramos ante una probabilidad *estadística no susceptible de comprensión*», M. WEBER, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1962, pp. 10-11.

⁸⁷ Una excepción es el trabajo de M. NICHOLSON, «The continued significance of positivism?», en SMITH/BOOTH/ZALEWSKI, *op. cit.*, pp. 128-147, interesante por su intento de aclarar qué debe entenderse por positivismo y cómo ha evolucionado.

⁸⁸ Steve SMITH, «Positivism and beyond», en SMITH/BOOTH/ZALEWSKI, *op. cit.*, pp. 11-46. El texto de KEOHANE a que alude SMITH es el ya citado «International Institutions: Two Approaches»

dicho autor se limita a considerarse parte de la corriente racionalista, en la que sitúa también a las diversas versiones del realismo político. Si bien Keohane cita concretamente a Herbert Simon y su «concepción sustantiva de la racionalidad»⁸⁹, aclara inmediatamente que su principio de racionalidad es altamente indeterminado y contextual, por tanto muy alejado de todo tipo de determinismo o de los ideales algorítmicos del empirismo lógico⁹⁰.

La tendencia a poner demasiadas cosas bajo el epígrafe positivista favorece un cuarto embrollo: al renunciar al criterio de verdad como correspondencia sin matizarlo, o sustituirlo por otras posibilidades cae en el relativismo. Lo cierto es que desde hace años la disyuntiva no se plantea entre el criterio de verdad del empirismo lógico o el «ateísmo» relativista (renuncia a todo criterio de verdad). Existen opciones alternativas que van desde el racionalismo fuerte popperiano en un extremo hasta el total relativismo de Feyerabend⁹¹, en el otro. En medio, diversas estrategias intermedias, desde la tesis de que el objetivo de la ciencia no es tanto la verdad como avanzar en el camino de la verosimilitud, las estrategias agnósticas de Laudan o a las del racionalismo atemperado.

Independientemente de las sólidas críticas que ha recibido, que ahora no vienen al caso, Laudan y su concepción de la ciencia como una actividad encaminada a resolver problemas (*problem-solving*) y del progreso científico como una mejora de la capacidad de resolver problemas de los programas de investigación⁹² constituyen un buen ejemplo de la necesidad de deslindar los diversos ejes del quehacer científico incluso cuando nos ocupamos de la contrastación de teorías, lo que permite a su vez aplicar eventualmente criterios y herramientas diferentes en cada uno de ellos. Eso es justamente lo que hace en su argumentación «agnóstica»⁹³ acerca del problema de la verosimilitud o verdad de las teorías: sostener que el juicio sobre la capacidad de resolver problemas de una teoría es lógicamente independiente de los juicios que puedan hacerse sobre su verdad o grado de verosimilitud.

Un quinto y último enredo es el relativo a la renuncia al principio de desvinculación axiológica y a la objetividad, que postulan gran parte de los partidarios del pensamiento divergente, en especial la teoría crítica y las tendencias posmodernas. Neufeld en concreto fundamenta su renuncia en su caracterización del principio como un rasgo definitorio del positivismo: postular la «naturaleza libre de valores del conocimiento científico»⁹⁴ y la distinción estricta entre hechos y valores. Lo cierto es que, al no diferenciar entre ejes, Neufeld confunde objetividad y neutralidad moral. Dicho de otro modo, identifica erróneamente aceptación intelectual de la realidad con reconciliación

⁸⁹ Es decir, la que caracteriza la conducta que puede juzgarse objetivamente como óptimamente adaptada a la situación. Véase Herbert SIMON, «Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology with Political Science», en *American Political Science Review*, 1985, vol. LXXIX, pp. 293-304.

⁹⁰ R. O. KEOHANE, «International Institutions...», *op. cit.*, p. 160.

⁹¹ «...sólo hay un principio que pueda defenderse en todas las circunstancias y en todos los estadios del desarrollo humano. El principio: *todo vale*», en célebre formulación. Véase P. FEYERABEND, *Against Method*, Humanities Press, Atlantic Highland, 1975, p. 23.

⁹² Véanse L. LAUDAN, *Progress and Its Problems*, Univ. of California Press, Berkeley, 1977. También puede resultar útil consultar *Science and Values*, Univ. of California Press, Berkeley, 1983.

⁹³ El calificativo es de NEWTON-SMITH, *op. cit.*, p. 185.

⁹⁴ M. NEUFELD, *The Restructuring...*, *op. cit.*, p. 35 ss.

moral con ella⁹⁵. Sólo así puede entenderse su afirmación de que reconocer el vínculo entre vocabulario y proyecto político supone reescribir la «pregunta “¿qué paradigma es superior?” como “¿qué agenda social/proyecto político es más apropiado en términos de las necesidades del planeta?” (... o reformular a su vez la pregunta...) “¿qué es conocimiento fiable?” por “¿Cómo deberíamos vivir?”»⁹⁶.

Tanto el embrollo como la propuesta recuerdan un intento anterior de introducir conciencia en la ciencia, un objetivo legítimo y en modo alguno privativo de la teoría crítica, el de la investigación para la paz. El problema no es que una actividad científica o empeño teórico tenga una finalidad determinada, sino dónde y cómo se introducen dichos fines y para qué sirven. Una cosa es apostar por un *sesgo*, con unos valores que se declaran explícitamente y se introducen en el discurso, para explorar sus consecuencias e intentar promoverlos, es decir con lo que técnicamente se entiende por ciencia social normativa (como por ejemplo la economía del bienestar). Otra bien diferente renunciar al ideal de objetividad, como sucedió a partir de 1969 entre muchos practicantes de la *peace research* merced a la influencia de Galtung⁹⁷.

Pero renunciar a la objetividad supone desechar o dificultar procedimientos esenciales para la investigación científica: tomar en consideración todos los hechos relevantes, no confundir «es» y «debe», cribar en lo posible la influencia de las propias preferencias en los procesos de razonamiento, instrumentar mecanismos de evaluación de las teorías independientes de los valores, favorecer la intersubjetividad, etc. Por lo demás, uno puede reclamarse de la objetividad para las teorías y aceptar que en el proceso de *adquisición* de dichas teorías están presentes los valores. La presencia de elementos valorativos al optar por acciones que llevan a una teoría social u otra es independiente de la presencia de elementos valorativos en los enunciados y afirmaciones sustantivas de esa teoría. Dicho de otro modo, los valores pueden ser también hechos, como sucede al considerar su influencia en la selección de los problemas, en su percepción; en ese sentido ningún ser humano ni ninguna de las actividades que puede emprender, y por ende tampoco la científica, puede considerarse moralmente neutral.

La clave de esta concepción del principio de desvinculación axiológica estriba en entender que cualquier teoría debe sustentarse *independientemente de los valores* que influyeron en su gestación y, por tanto, aceptarse o rechazarse, sin recurrir a ellos⁹⁸. Dicho de otra manera, que sepamos que los valores no pueden reducirse o derivarse lógicamente de los hechos no supone en modo alguno que ello no pueda hacerse a nivel ontológico. No existe incompatibilidad alguna entre el compromiso con la ciencia y el

⁹⁵ Por si fuera poco, hacerlo invocando la lectura francfortiana de Marx supone ignorar una tradición emancipatoria que inaugura el propio Marx al recoger la crítica hegeliana del rigorismo ético kantiano y vincular el deber ser con las posibilidades empíricas reales.

⁹⁶ M. NEUFELD, «Reflexivity...» *op. cit.*, p. 33.

⁹⁷ Véase al respecto, Rafael GRASA, *El problema de la objetividad en ciencias sociales. Investigación para la paz y Relaciones Internacionales*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 1990.

⁹⁸ Véase al respecto el clarificador trabajo de Amartya SEN, «Accounts, Actions and Values: Objectivity of Social Science», en Ch. LLOYD (ed.), *Social Theory and Political Practice*, Clarendon Press, Oxford, 1981, pp. 87-108.

compromiso con determinados fines sociales o políticos, como ya señaló en 1970 Anatol Rapoport⁹⁹.

La reconsideración del tercer debate, y en particular la discusión de los embrollos e insuficiencias de los intentos de reformularlo y trascenderlo desde las tendencias críticas y «post...» (ejemplificado en Neufeld), me lleva a concluir:

1. La sensación de caos y de confusión intelectual en la disciplina que provocan dichas reconstrucciones o la descripción de la situación de posguerra no es simplemente achacable al estado real de las cosas. Tiene que ver en buena medida con la deficiencia del instrumental analítico, con su tosquedad conceptual, que potencia la sensación de desconcierto o desesperanza que Gilpin expresó ya en 1984¹⁰⁰ al afirmar que el rasgo de «anarquía» podría predicarse no sólo del objeto formal de estudio (el sistema internacional) sino también, en este caso en su acepción de desorden, de la disciplina.

2. La escasa utilidad actual de las nociones básicas de ese instrumental analítico (en particular, la idea de «debate» entendida como polémica interparadigmática en que se enfrentan tres o *n*-paradigmas que se diferencian por el número de actores, problemática de estudio, imagen del mundo... a que se adscriben): engloban demasiadas cosas demasiado diferentes y excluyen pocas. Probablemente por ello ha resultado casi imposible percibir que el llamado tercer debate, independientemente de lo que digan los cronistas oficiales, hace tiempo que concluyó¹⁰¹, cuando menos entre «globalismo» y «realismo» merced a la aparición del neorrealismo y del neoliberalismo institucional y su mutuo acercamiento mediante su común adscripción al racionalismo científico.

Existen ciertamente posturas no convencionales, que muestran que han existido otros debates. Ole Waever¹⁰² menciona un «cuarto debate A», enfoques racionalistas (neoliberales y neorealistas) *versus* enfoques reflexivos¹⁰³, y un «cuarto B», entre el neorrealismo y el liberalismo neoinstitucional. Pero, en mi opinión, es necesario ir más lejos: cambiar de herramientas¹⁰⁴, o al menos afinarlas mucho más. De otra forma resulta imposible reflejar con precisión tanto situaciones en que están en liza aspectos de los tres ejes del quehacer científico (el propio tercer debate, en sentido restringido), como el estado actual de la disciplina. Dicho de otro modo, la noción de debate enmascara que los llamados «debate cuarto A» y «cuarto B» difieren prácticamente en todos los parámetros de comparación: alcance, objetivos, tono y forma de conducirse, temas de desacuerdo, asunciones ontológicas y epistemológicas que se dan por supuestas, campos de batalla o arenas de encuentro... El problema

⁹⁹ Véase por ejemplo «Can Peace Research be applied?», en *Journal of Conflict Resolution*, 1970, vol. XIV, pp. 277-286.

¹⁰⁰ R. GILPIN, «The richness of the tradition of political realism», en *International Organization*, 1984, vol. XXXVIII, n.º 2, pp. 287-303.

¹⁰¹ Agradezco a Celestino del ARENAL que me animara a manifestar claramente mi postura al respecto.

¹⁰² Véase «Rise and Fall...», *op. cit.*, pp. 163-170.

¹⁰³ La expresión pertenece a la alocución ya citada de KEOHANE, que habla de «reflective approach».

¹⁰⁴ WAEVER lo sugiere al final de su artículo. Sin embargo, pese a su relativización del concepto acaba preso de esa lógica.

no es que sean inconmensurables, al centrarse en ejes distintos son prácticamente intraducibles o incomprensibles entre sí.

3. El impacto negativo de la excesiva fijación por establecer constelaciones de acuerdos y desacuerdos dentro de la disciplina. Concretamente, focaliza demasiado la atención intramuros y subestima la importancia de desarrollos como el abandono de las tesis separatistas, la creciente interdisciplinariedad o el interés de otras disciplinas por la problemática internacional.

4. La necesidad de que cualquier nuevo expediente ordenador de la disciplina distinga explícitamente el utillaje que propone y las asunciones metafóricas y normativas de fondo en que se basa. O lo que es lo mismo, la necesidad de incorporar un marco general claro y explícito respecto de la concepción de la ciencia y del cambio científico de que se parte.

3. Una propuesta para cambiar de cartografía

La propuesta que se expone a continuación, tentativa e incompleta, parte de una adscripción clara a lo que se denominan modelos racionales de explicación y cambio científico. Éstos se caracterizan por especificar qué se persigue como objetivo científico y por postular algún principio o conjunto de principios para comparar eventuales teorías rivales respecto de una base de evidencia determinada. Tanto los objetivos o finalidades que se persiguen como los principios de comparación pueden variar enormemente entre diversos autores y corrientes. Por mi parte, coincido con la mayoría de los modelos racionalistas en aceptar una visión realista de la ciencia, es decir, la que mantiene que las teorías son verdaderas o falsas (se pueden por tanto comparar) en virtud del mundo o realidad externa a las teorías y que, justamente, la actividad científica tiene como objetivo lograr enunciados explicativos verosímiles sobre ese mundo o realidad. Aunque existen dos grandes enfoques rivales, instrumentalismo¹⁰⁵ y relativismo¹⁰⁶, creo —es una elección, una asunción— que existen suficientes argumentaciones para optar de forma plausible por formas de realismo moderado o minimalista¹⁰⁷ y, por tanto, de racionalismo moderado o atemperado¹⁰⁸. Lo dicho sirve a nivel general, cuando filósofos y metodólogos de la ciencia no especifican la disciplina de que hablan, y a nivel particular, por ejemplo para las relaciones internacionales.

¹⁰⁵ Es la postura por excelencia contraria al realismo. Sostiene que no resulta apropiado evaluar las teorías con categorías de verdad o falsedad, sino meramente en función de su capacidad de predecir. Como en el caso del realismo, existen diversas posturas y gradaciones.

¹⁰⁶ Como ya he señalado en páginas anteriores, el relativismo se caracteriza por negar que sea viable establecer algún tipo de correspondencia entre realidad y enunciado teórico. Es decir, por rechazar la posibilidad de cualquier noción de verdad o verosimilitud.

¹⁰⁷ Véase por ejemplo N. RESCHER, *Scientific Realism*, Reidel, Dordrecht, 1987.

¹⁰⁸ Véase NEWTON SMITH, *op. cit.*, concretamente su párrafo final: «Oscar Wilde respondió así a la demanda de la verdad "pura y simple": "La verdad raramente es pura y simple". POPPER ("conjeturar y refutar") y FEYERABEND ("todo vale, no hay verdad") tienen el atractivo de la simpleza cuando no de la pureza. Pero ni la verdad acerca de la naturaleza de la ciencia es simple ni los científicos son puramente racionales o no racionales. Así las cosas, si se busca un eslogan podría ser: el realismo es la verdad y el racionalismo atemperado el camino», p. 273.

El acervo básico de esos modelos moderados de racionalismo y realismo permite establecer una serie de principios sobre el conocimiento científico que sirven como enunciados-guía para cualquier reconstrucción del estado de una disciplina científica en un momento dado:

1. Siempre resulta posible y necesario distinguir los tres ejes ya mencionados (fenoménico, analítico y temático) en cualquier actividad científica y en la valoración de los resultados que produce.

2. El objetivo básico de cualquier actividad científica es teorizar, es decir, construir artefactos para extraer información y comprender mejor el sector del mundo o de la realidad que se quiere explicar. Ello supone estar dispuesto a correr el riesgo de equivocarse, excluir opciones.

3. No hay actividad científica sin teoría, aunque puede hacer aprendizaje y conocimiento sin teorización científica. La actividad científica es una forma concreta, con un origen histórico determinado, de acumular y transmitir conocimientos. Pero hay otras: memoria oral, establecer taxonomías...

4. La teorización exige conceptualización (teoría en sentido débil), un prerrequisito, y establecimiento de vínculos causales (teoría en sentido fuerte).

5. Las explicaciones pueden diferir en función del tipo de causalidad que se proponga y de la forma de la explicación¹⁰⁹. La lógica y forma de la explicación dependen de asunciones metafísicas sobre temas controvertidos que funcionan como verdades *a priori* más o menos compartidas por una comunidad o subcomunidad científica. Por ejemplo, acerca del determinismo, de la causalidad local ..., o de la anarquía del sistema internacional. Esas asunciones nos dicen, si se comparten, cómo se supone que es el mundo que queremos conocer independientemente de nuestras construcciones teóricas.

6. Por consiguiente, toda teoría tiene connotaciones valorativas y asunciones de fondo de carácter subjetivo o metateórico. Estas valoraciones se manifiestan en el eje temático y en el analítico y pueden ser de naturaleza diferente: metafísicas, ontológicas, epistémicas, metodológicas...

7. Los valores y asunciones de fondo relativos a asuntos sociales (que incluye los internacionales) pueden ser tratados de dos formas: como valores en sentido estricto, que un sujeto individual o colectivo acepta e introduce de forma explícita en su discurso o teoría; como hechos que se predicen de algo. Es decir, como parte de enunciados que afirman algo sobre cosas, y por tanto independientes de sus actores, o como acciones vinculadas a sus autores¹¹⁰. Los juicios que establezcamos sobre el contenido de uno u otra modalidad difieren sustancialmente: los relativos a las acciones son de naturaleza moral; los relacionados con los enunciados, no.

Un ejemplo lo aclarará. Imaginemos que un reportaje televisivo muestra la persistencia de la pobreza en el Sur, insiste en la ineficacia de la ayuda oficial al desarrollo y plantea dudas respecto del destino final de los fondos que recogen las organizaciones no

¹⁰⁹ Véase al respecto Ph. VAN PARIJS, *Evolutionary Explanations in the Social Sciences*, Rowman and Littlefield, Totowa, 1981; *Le modèle économique et ses rivaux*, Droz, Ginebra, 1990. Para una aplicación al caso del cambio social, Andrés de FRANCISCO, *Sociología y cambio social*, Barcelona, Ariel, 1997.

¹¹⁰ Sigo a partir de este momento la argumentación del texto de A. SEN ya citado, pp. 89 ss.

gubernamentales de desarrollo. La emisión del programa provoca una disminución notoria en la recaudación de fondos privados y, posteriormente, numerosas críticas de las ONGs al canal emisor, entre las cuales alguna que demuestra la mala fe de la dirección de la empresa al emitir el reportaje. Sea como fuere, lo que está en juego son dos cosas bien diferentes, que deben separarse: valorar la corrección fáctica de lo que afirmó el programa (la descripción o enunciado; un vínculo causal determinado), algo que puede hacerse con criterios objetivos y que nada tiene que ver con un juicio moral; preguntarse por la corrección moral o la intencionalidad de la emisión, entendido como acción.

8. De ahí la importancia de explicitar las asunciones de partida en los ejes temático y analítico (las epistémicas y metodológicas) y de juzgarlas o valorarlas con criterios diferentes a las afirmaciones relativas al eje fenoménico. Ni la objetividad de la ciencia se contradice por la base valorativa de las acciones del científico. Ni tampoco ésta sirve de excusa para la neutralidad moral: al elegir cualquier acción —al investigar una u otra cosa, publicar o no un artículo— el científico recurre a valores.

9. No pueden juzgarse con idénticos criterios las afirmaciones o postulados presentes en los enunciados que un autor o una corriente hace en cada uno de los tres ejes. Desde la óptica realista, en el eje fenoménico debe utilizarse algún tipo de criterio de verdad o verosimilitud como correspondencia con la realidad.

10. Ello exige distinguir claramente los enunciados metateóricos (que incluyen las discusiones relativas al significado o uso de ciertos términos...) de los teóricos y diferenciar claramente las teorías empíricas de las teorías normativas en sentido estricto, es decir, aquellas que parten explícitamente de creencias y valoraciones acerca de cómo debieran ser las cosas o cómo mejorar ciertas situaciones, para explorar sus eventuales consecuencias y la forma de intentar promoverlas. Elegir uno u otro tipo de teorización para un problema determinado conlleva diferencias en las definiciones, programas de investigación... y métodos de evaluar los resultados.

Por ejemplo, uno puede estudiar el multilateralismo partiendo de la situación actual, que los estados son de momento las entidades básicas del sistema. Desde esa óptica, la pregunta sobre el futuro del multilateralismo implica únicamente elaborar programas de investigación sobre su eventual incremento y mejora. Eso es lo que hace Robert Keohane cuando define el multilateralismo como «la práctica de coordinar políticas nacionales en grupos de tres o más estados mediante instituciones o acuerdos *ad hoc*»¹¹¹ o Ruggie cuando añade a lo anterior la exigencia de que esa práctica se haga mediante propósitos o normas compartidas¹¹².

O bien puede partir de una base normativa y explorar lo que significa el multilateralismo como principio de un orden mundial alternativo, como hace el enfoque «crítico-estructural» de Robert Cox¹¹³. Eso implica definir formas de multilateralismo no

¹¹¹ R. O. KEOHANE, «Multilateralism: an agenda for research», en *International Journal*, 1990, vol. XIV, n.º 4, pp. 731-764, p. 732.

¹¹² J. G. RUGGIE, «Multilateralism: The Anatomy of an Institution», en J. G. RUGGIE (ed.), *Multilateralism Matters. The Theory and Praxis of an Institutional Form*, Columbia UP, Nueva York, 1993, pp. 3-50.

¹¹³ COX ha dirigido un programa de la Universidad de las Naciones Unidas sobre multilateralismo y el sistema de las Naciones Unidas del que han surgido dos libros ya publicados y cuatro más en prensa (Macmillan). El más relevante para nuestro ejemplo es R. W. COX (ed.), *The New Realism: Perspectives on Multilateralism and World Order*, Macmillan, Londres, 1996. También resultan de interés los siete artículos contenidos en el último apartado de R. W. COX (con la ayuda de T. J. SINCLAIR), *Approaches to World Order*, Cambridge UP., 1996, que recoge trabajos y artículos de los años cincuenta a los noventa.

existentes o no dominantes. Por ello Cox distingue varias formas de multilateralismo y denomina «gobernación multilateral»¹¹⁴ a la que considera su expresión más «genuina»: las formas de coordinación no jerárquicas que permitan la interacción entre las diversas fuerzas implicadas en los asuntos políticos mundiales o regionales. Habida cuenta de que ese tipo de gobernanza no es la dominante y de que se ha optado explícitamente por promover que lo sea, Cox y el programa exploran formas y estrategias de llegar a ello. Específicamente, cómo lograr una mayor convergencia entre la dinámica de cambio estructural en el orden mundial (con una presencia creciente de fuerzas y varias lógicas) y la dinámica de desarrollo de las prácticas multilaterales en las instituciones internacionales, que siguen limitando el estatus de participante a unas pocas de las fuerzas existentes. En conclusión, aunque ambos enfoques no son ni inconmensurable ni necesariamente incompatibles en el tiempo, al tener una formulación teórica diferente necesitan instrumentos de valoración diferenciados.

El corolario final de los principios anteriores sería que no pueden establecerse opiniones o comparaciones globales sobre autores o corrientes mezclando los diversos ejes y las afirmaciones relativas a cada uno de ellos, ni confundiendo lo teórico con lo metateórico. De hacerlo se acaban contraponiendo, valorando o defendiendo cosmovisiones, es decir, constelaciones de opiniones respecto de temas heterogéneos como el conocimiento, la naturaleza humana, el futuro de la humanidad o el funcionamiento de la política internacional, muchas de las cuales son de naturaleza metafísica. Por eso resulta, por ejemplo, tan fútil, analítica y heurísticamente, plantear la existencia de una real controversia teórica entre enfoques racionalistas y enfoques reflexivos.

De los principios anteriores pueden derivarse unas elementales reglas prácticas que ayuden a cartografiar mejor la situación de la teoría de las relaciones internacionales en los años noventa. *Primero*, escoger en cada caso procedimientos ordenadores que permitan deslindar y fragmentar los temas y problemas¹¹⁵. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa establecer primero una visión impresionística, general, mediante una serie de rasgos o tendencias de índole diversa; para singularizar luego por separado las grandes cuestiones metateóricas y teóricas.

Segundo, contextualizar y ubicar los desarrollos y aspectos teóricos y metateóricos en tradiciones o referentes más amplios. Una forma concreta de hacerlo podría ser evaluar los límites y virtualidades del tipo de historia y análisis del pensamiento político de la «escuela de Cambridge» (Quentin Skinner, J. G. A. Pocock, James Tully, Richard Tuck y John Dunn), que justamente intenta combinar significación y contexto. Lo hacen eligiendo textos específicos («grandes libros») y focalizando el análisis en los contextos ideológicos y práctico-políticos en que se escribieron, en los «lenguajes» subyacentes a esos contextos y sus mediaciones mutuas¹¹⁶. *Tercero*, elegir algunos aspectos

¹¹⁴ Traduzco tentativamente «*governance*» por gobernanza para evitar a la vez la confusión con «gobierno», que identificamos siempre con autoridades específicas, o la alternativa del neologismo «gobernancia» o el arcaísmo «gobernanza».

¹¹⁵ Es decir, recurrir a la segunda regla del método formulada por Descartes.

¹¹⁶ La escuela se denomina así porque todos ellos estudiaron o enseñaron en algún momento de su vida en Cambridge. Para una presentación de conjunto y la aplicación a una controversia concreta, véase N. J. RENGGER, *Political Theory, Modernity and Postmodernity*, Blackwell, Oxford, 1995. Para el caso de Quen-

claves, metateóricos y teóricos, y utilizarlos como polos sobre los que articular las controversias. *Cuarto*, no olvidar el carácter arbitrario, simplificador y susceptible de mejora de toda cartografía.

4. El mapa teórico actual

La aplicación de las reglas anteriores a la situación actual permite presentar un panorama general caracterizado por tres rasgos. En primer lugar, una creciente tendencia a la internacionalización y transnacionalización de la producción teórica de la disciplina, que apunta a que está perdiendo su marcado carácter anglosajón. Puede observarse en fenómenos que van desde la proliferación de instituciones, centros o países con revistas y publicaciones que deben consultarse hasta el creciente impacto en Estados Unidos de trabajos escritos por autores nórdicos o alemanes.

En segundo, el ya comentado auge de la reflexión metateórica y metodológica, o el interés por los temas de filosofía y teoría política. La proliferación de investigaciones relativas al contexto del descubrimiento (bien orientadas a deconstruir o reconstruir la génesis de algunos conceptos u obras de autores clásicos, bien a desarrollar tesis cognitivistas y constructivistas para explicar, por ejemplo, procesos de aprendizaje dentro de organizaciones) podría considerarse una manifestación peculiar de la tendencia. Aunque ese auge suele valorarse como algo positivo, contiene aspectos negativos. En particular dos: el escaso conocimiento de buena parte de los fundamentos filosóficos que exhiben parte de quienes se ocupan de dichos temas; la proliferación de especulaciones metateóricas carentes de o alejadas del análisis de la realidad.

En tercer y último lugar, el creciente contacto con otras ciencias sociales. La tendencia engloba al menos cuatro desarrollos. Por un lado, un acercamiento de áreas del derecho internacional y de las relaciones internacionales, que comparten interés por la importancia de las normas débilmente formalizadas, los problemas de eficacia y cumplimiento de reglas y normas o los análisis del impacto de éstas en el proceso decisonal¹¹⁷. En segundo lugar, el ya mencionado entreveramiento entre las relaciones internacionales, la historia o la sociología histórica, ligado al renacer del interés por la historia y por los procesos de cambio social lento y acumulativo. En tercer lugar, la importación de teorías, conceptos teóricos o modelos explicativos de otras disciplinas. Aunque en sí mismo no constituye una novedad, como muestra que la conocida teoría de la «estabilidad hegemónica» surgida del trabajo Kindleberger sobre la gran depresión se presentara como un caso específico de la teoría de la acción colectiva de Olson¹¹⁸, si lo es el incremento de los casos reseñables. Hay que señalar, por último, la creciente influencia de la economía. La economización de la realidad internacional ha hecho que muchos

tin SKINNER, véase James TULLY (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Polity Press, Cambridge, 1989.

¹¹⁷ Véase por ejemplo el trabajo de F. KRATOCHWIL, *Rules, norms and decisions. On the conditions of practical and legal reasoning in international relations and domestic affairs*, Cambridge UP, Cambridge, 1989.

¹¹⁸ Véase Ch. P. KINDLEBERGER, *The World in Depression 1929-1939*, Penguin, Londres, 1973 y, sobre todo, «Dominance and Leadership in the International Economy: Exploitation, Public Goods and Free Riders», en *International Studies Quarterly*, 1981, vol. XXV, pp. 242-254.

de los grandes temas de debate teórico estén relacionados con asuntos económicos; hasta el punto de que el mercado, entendido como institución social, ocupa un lugar clave en la teorización.

Llegados a las grandes cuestiones *metateóricas* (relativas al eje temático y/o analítico), el panorama debe cartografiar al menos cuatro asuntos: *a)* reacciones o actitudes generales ante la situación global de confusión que se percibe en la disciplina; *b)* asunciones y modelos relativos a la metodología; *c)* singularización, categorización y presentación de las grandes controversias relativas al eje analítico y *d)* tendencias de futuro. Por constricciones de espacio, sólo se presentará con cierto detalle el primero de los temas.

Las reacciones ante la situación de confusión dependen de que se considere algo específico de las relaciones internacionales, algo compartido con otras ciencias sociales o bien una mezcla de ambas cosas. Entre las reacciones del primer tipo destacan las de Ferguson y Mansbach, por un lado, y las de Onuf, por otro. Ferguson y Mansbach han insistido en que la causa ha de buscarse en el eje temático y analítico: exceso de ambición, asunciones o postulados metafísicos erróneos y malos hábitos¹¹⁹. Onuf considera que la respuesta se encuentra en una premisa errónea en el eje analítico con impacto sobre el fenoménico: hacer de la anarquía el rasgo central y definitorio de las relaciones internacionales, pese a que sería, según su argumentación, un concepto vacío¹²⁰. Ambos optan, empero, por idéntica solución: postular la disolución de la disciplina dentro de la ciencia política.

Las reacciones del segundo tipo o las mixtas suelen insistir en que la confusión deriva de la disolución del consenso positivista, o, en versión más radical, del advenimiento de la etapa pospositivista y posmodernista. Pospositivismo y posmodernismo deben entenderse como síndromes, articulados en torno a un mayor protagonismo del sujeto, que generan actitudes perspectivistas, relativistas y, en general, escépticas¹²¹ y propuestas que se reclaman de métodos como la intertextualidad o la deconstrucción¹²². Desde hace años, la clasificación más utilizada para presentar las reacciones a la disolución del consenso es la distinción de Giddens entre actitudes de desesperación o desencanto, vuelta al dogmatismo como mecanismo protector, reacciones celebratorias apelando al enriquecimiento de la capacidad de comprensión de la realidad social y, por último, pronunciamientos en favor de la necesidad de reconstruir sistemáticamente la teoría¹²³ (postura de Giddens). Lapid utilizó la taxonomía de Giddens en el trabajo ya citado de 1989, aunque en su caso para optar por una actitud celebratoria moderada.

¹¹⁹ Y. H. FERGUSON y R. W. MANSBACH exponen *in extenso* las dos primeras razones en su conocida obra *The Elusive Quest. Theory and International Politics*, Univ. of South Carolina Press, Columbia, 1988. Los malos hábitos (como el empirismo vacío, el apego a la mitología realista, el vicio de las dicotomías rígidas como intraestatal e interestatal, la impermeabilidad de los niveles de análisis, el etnocentrismo...) se exponen con mayor detalle en «Between Celebration and Despair: Constructive Suggestions for Future International Theory», ISA, Washington, 1990.

¹²⁰ Véase N. G. ONUF, *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*, Univ. of South Carolina Press, Columbia, 1989; también «Anarchy, Authority and Rule», en *International Studies Quarterly*, 1989, vol. XXXIII, n.º 2, pp. 149-173.

¹²¹ RENGGER, *op. cit.*, ha propuesto una ingeniosa clasificación de las actitudes tomando como analogía la época helenística que generó dos actitudes filosóficas: el escepticismo y el epicureísmo. Entre los posmodernos escépticos cita a FOUCAULT, BAUDRILLARD (al menos el que «niega» la existencia de la guerra del Golfo) o internacionalistas como M. SHAPIRO, J. DER DERIAN o R. WALKER. Entre los epicúreos, a R. RORTY.

¹²² Véase como ejemplo de aplicación J. DER DERIAN/M. J. SHAPIRO (eds.), *International/Intertextual Relations. Postmodern Readings of World Politics*, Lexington Books, Lexington, 1989.

¹²³ A. GIDDENS, *Central Problems in Social Theory*, Macmillan, Londres, 1979, p. 238 ss.

En la última década podemos encontrar en la disciplina ejemplos de todas esas actitudes. Hay que señalar, en cualquier caso, que escasean más las actitudes dogmáticas o desesperanzadas, como las de Ferguson y Mansbach. Hacia 1988 se observa un claro punto de inflexión. Hasta entonces habían predominado las actitudes celebratorias moderadas, que ilustraban expresiones como complementariedad, reconciliación o pluralismo paradigmático y metodológico¹²⁴. En síntesis, el pluralismo entendido como principio socrático: la validez de las ideas se refuerza con el debate.

A partir de 1988 florecen las tendencias celebratorias radicales, que elevan a ideal perpetuo la situación de Babel: «en un mundo posmoderno todo lo interesante es enigmático, único e irrepetible, más que directamente causal, explanatorio o predecible. El conocimiento se fundamenta en el lenguaje y éste no refleja la "realidad", sino que crea y reproduce un mundo que nunca es definitivo, que está en perpetua transformación»¹²⁵. Inaprehensibles mundo y sujeto¹²⁶, el «extrañamiento», la «desnaturalización» de los debates teóricos, la búsqueda en los márgenes de la teoría política, la escucha de las voces críticas sofocadas por los discursos oficiales se convierten en los objetivos de la teoría internacional. Las relaciones internacionales son únicamente relaciones intertextuales.

La postura más compleja es la que opta por la reconstrucción de la teoría internacional. En ella podemos encontrar al menos tres corrientes con propuestas y estrategias de reemplazamiento diferentes: a) la teoría crítica, habermasiana o con elementos neomarxistas; b) los enfoques de *sesgo*, en particular el que se reclama de la perspectiva de género y la teoría feminista; c) las corrientes que se autoprolaman racionalistas, en modalidad realista o liberal.

La teoría crítica ha sido presentada por muchos autores como el «próximo estadio» de las relaciones internacionales, el futuro elemento articulador y catalizador de las restantes teorías en virtud de la superioridad de su objetivo emancipatorio. El tema es demasiado largo y polémico para analizarlo aquí. Me limito a señalar que para abordarlo habría que empezar diferenciando entre posiciones favorables como las de Cox o de Gill (con trabajos, bien empíricos, bien de teoría normativa de verdad), la de Linklater (con aportaciones normativas y metateóricas, algunos susceptibles de convertirse en programas de investigación) y una plétora de trabajos básicamente declarativos. En cuanto al sesgo o perspectiva de género o feminista, la mayor parte de los trabajos que ha producido hasta el momento son declarativos o genéricos, de análisis de textos o autores clásicos o de reconsideración de conceptos supuestamente neutros o universales. No obstante tiene un claro potencial, en particular en el terreno ético y normativo, como

¹²⁴ HOLSTI es uno de los pocos autores que defiende la misma postura hacia finales de los años ochenta que a mediados de la década.

¹²⁵ La cita proviene del artículo de Pauline M. ROSENAU, «Once Again into the Fray: International Relations Confronts the Humanities», en *Millennium*, vol. XIX, 1990, n.º 1, p. 97. Para un panorama de conjunto puede consultarse su libro posterior, *Postmodernism and the Social Sciences. Insights, Roads and Intrustions*, Princeton UP, Princeton, 1992.

¹²⁶ El sujeto se diluye y deviene una «missing person» en cualesquiera de las formas en que hasta el momento hubiera podido encarnarse en el sistema internacional y en la disciplina: «el individuo posesivo, el estado nacional, la comunidad nacional, el hombre científico, el proletariado consciente, el padre de familia, la voz femenina, la voluntad general, los imperativos inmanentes de la humanidad, Occidente, ... Dios, la Patria, el falo o el útero», sorprendente enumeración de R. ASHLEY. Véase su «Geopolitics, supplementary, criticism: A Reply to Professors Roy and Walker», en *Alternatives*, 1988, vol. XIII, pp. 93-94.

muestra el balance de la aplicación desde hace más tiempo de la perspectiva feminista en teoría y filosofía política¹²⁷.

Por su parte, las corrientes racionalistas se autodiferencian de las otras dos por no limitarse «a interpretar textos: los teóricos de uno y otro grupo creen que existe una realidad política internacional que puede ser parcialmente comprendida. Ambos grupos creen también en la posibilidad de intentar probar las teorías, si bien reconocen el carácter problemático de la epistemología: ninguna de ambas perspectivas se compromete con la noción ingenua de que la realidad puede conocerse objetivamente»¹²⁸. Sea como fuere, ambas corrientes racionalistas (y en particular el realismo clásico y sus versiones actualizadas) son y han sido criticadas por la teoría crítica y la perspectiva feminista, aunque pocos trabajos lo hacen desde una óptica empírica, la que adoptan, sin embargo, los debates entre liberales y realistas¹²⁹.

Respecto de las *asunciones y modelos metodológicos*, tres cosas parecen novedosas o destacables. El interés por los métodos lingüísticos y textuales, incluyendo la filosofía ordinaria del lenguaje, por un lado. El segundo lugar, el descrédito generalizado de las explicaciones funcionalistas o estructural-funcionalistas¹³⁰, siguiendo la tendencia de las restantes ciencias sociales. El tercero, y en mi opinión más importante, el interés que internacionalistas y otros científicos sociales prestan a los modelos explicativos evolucionarios, y en particular al cambio evolucionario. Es un campo prometedor que genera propuestas de investigación específicas, por ejemplo explicar los cambios constatables en las relaciones internacionales de las normas básicas respecto de la esclavitud, el colonialismo o la guerra mediante un modelo que dé cuenta de cómo puede una norma contestada resultar seleccionada, diseminarse o por el contrario declinar en una población de normas¹³¹.

Una tercera cuestión metateórica en discusión son los debates o controversias relativos al eje analítico. En los últimos años se han producido o están en curso al menos dos de cierta envergadura: la polémica acerca de las relaciones entre historia y teoría, historia y estructura¹³²; el debate actor/sujeto (*agency*) versus estructura. Este último resulta importante no sólo por su contenido estricto y la viveza polémica sino porque algunos de los participantes han aducido que constituye un ejemplo de un debate no in-

¹²⁷ Véase Carme CASTELLS (ed.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Paidós, Barcelona, 1996.

¹²⁸ R. O. KEOHANE, «Neoliberal Institutionalism: A Perspective on World Politics», en R. O. KEOHANE, *International Institutions and State Power*, op. cit., p. 8.

¹²⁹ Una buena presentación de algunas de esas posturas críticas es la compilación de J. DER DERIAN, *International Theory. Critical Investigations*, Macmillan, Londres, 1995. El libro, empero, publica también algunos trabajos mucho más antiguos sobre la teoría, la tradición y la disciplina (Martin WHIGHT, MORGENTHAU, BULL, HOFFMANN) o textos de tendencia no reflexiva sobre la anarquía o las instituciones (BULL, KEOHANE).

¹³⁰ COX, por ejemplo, al repasar las diferentes explicaciones del multilateralismo rechaza la de la teoría sistema-mundo justamente por las limitaciones del funcionalismo, en particular su incapacidad de explicar adecuadamente el cambio, la transformación estructural. Véase *Approaches to World Order*, op. cit., p. 513.

¹³¹ Véase el número monográfico de *International Studies Quarterly*, 1996, vol. XL, n.º 3, con artículos de MODELSKI, GILPIN o FLORINI, este último dedicado justamente a la evolución de las normas internacionales.

¹³² Véanse B. BUZAN/R. LITTLE, «The Idea of «International System»: Theory Meets History en *International Political Science Review*, 1994, vol. XV, n.º 3, pp. 231-255; P. SCHORIEDER, «Historical Reality versus Neo-realist Theory», en *International Security*, 1994, vol. XIX, n.º 1, pp. 108-148.

terparadigmático que, además, va más allá de postular la oposición o síntesis entre liberalismo y realismo¹³³.

Por último, en el plano metateórico parecen vislumbrarse algunas *tendencias de futuro* bastante nítidas. Por un lado, movimientos y llamamientos en pro de la hibridación y fertilización entre disciplinas y, dentro de las relaciones internacionales, entre enfoques o escuelas. El creciente interés por la escuela inglesa de los neorrealistas, su influencia en el marco conceptual de teorizaciones importantes como las de Buzan¹³⁴, o las posibilidades de leer *The Anarchical Society* de Bull en clave de liberalismo neoinstitucional¹³⁵, constituyen un ejemplo y una muestra de cordura, por lo que suponen de abandono del esterilizante paradigmático radical. La otra tendencia destacable es la reaparición de *propuestas de síntesis* o fusión, bien entre escuelas que estudian una misma problemática por no disponer individualmente de suficiente poder explicativo (por ejemplo, los enfoques neoliberales, realistas y cognitivistas sobre los regímenes internacionales¹³⁶), bien a medio y largo plazo entre las diversas tendencias racionalistas en relaciones internacionales con la evidencia empírica acumulada respecto de los grandes motivos de controversia.

Aun sin contar con un mapa completo de la situación teórica a mediados de los años noventa, la conclusión que se deriva de lo visto es obvia: al escoger algunos aspectos o temas como polos sobre los que organizar las controversias en curso la situación es bien diferente en el plano metateórico y en el teórico. En el plano metateórico abundan las posibilidades de elección (asunciones racionalistas *versus* reflexivas, teoría crítica *versus* posmodernidad, visiones malevolentes *versus* visiones benignas del mercantilismo, etc.), disminuyen mucho en el teórico globalmente considerado y, cuando nos centramos en enunciados teóricos en pugna relativos al eje temático, las posibilidades casi se reducen al desafío liberal al realismo.

V. REALISMO *VERSUS* LIBERALISMO

Tomar como ejemplo de controversia en el eje temático (y por tanto en el analítico) el desafío liberal al realismo en la década de los noventa resulta pues inevitable. Pero es también complicado, habida cuenta de la riqueza de raíces, tradiciones e historia que subyace a ambas posturas, incluyendo debates teóricos y metateóricos previos. De ahí que al reconstruir el desafío actual me limite a señalar lo más relevante para la rees-

¹³³ Más dilatado en el tiempo, al remontarse a la crítica al neorrealismo de ASHLEY de 1984, en su fase reciente han participado en él A. WENDT, W. CARNAS, O. WAEVER, S. SMITH, M. HOLLIS, entre otros. Véanse las referencias completas y una consideración detallada en H. PATOMAKI, «How to Tell Better Stories about World Politics», en *European Journal of International Relations*, 1996, vol. II, n.º 1, pp. 105-135.

¹³⁴ Véase R. LITTLE, «Neorealism and the English School: A Methodological, Ontological and Theoretical Reassessment», en *European Journal of International Relations*, 1995, vol. I, n.º 1, pp. 9-34.

¹³⁵ Posibilidades que muestra, entre otras cosas, el mayor número de referencias a BULL en los textos recientes de Keohane.

¹³⁶ Véase A. HASENGLEVER, P. MAYER y V. RITTBERGER, «Interests, Power, Knowledge: The Study of International Regimens», en *Mershon International Studies Review*, 1996, vol. XL, suplemento 2, pp. 177-228.

tructuración de la teoría de las relaciones internacionales diferenciando entre el contexto, los desafíos específicos y los temas de debate.

1. Contexto, raíces y fases previas

El contexto inmediato de la controversia actual es el acercamiento entre realistas y liberales que se produce a finales de los años setenta y principios de los ochenta. El impulso básico fue el cambio de la concepción de actividad científica del realismo, que optó por una orientación racionalista, de teoría fuerte, con afirmaciones reconstruibles como enunciados con valor veritativo. Se dejaban de lado como fundamentación teórica las antiguas asunciones pesimistas sobre la naturaleza humana o sobre el carácter cuasi-inmutable del sistema internacional, que si bien siguen estando presentes en muchos autores quedan desplazadas al eje fenoménico. Por añadidura, el neorealismo o realismo estructural ejemplificado en la obra de Waltz y en las aplicaciones de Gilpin y otros¹³⁷, prestó más atención a los temas de seguridad, rebajó la concedida al poder, amplió las fuentes y ámbitos del campo y acabó legitimando el estudio de aspectos y problemáticas no militares.

En paralelo, el liberalismo si bien no renunció a su concepción parcialmente optimista de la naturaleza humana, a su convicción de que la clave de la conducta de las personas y grupos debe buscarse en las instituciones y en disposiciones estructurales, ni su creencia en el progreso histórico y en la posibilidad de reducir al máximo los factores belígenos derivados de la anarquía, desplazó gran parte de esas consideraciones al eje fenoménico. En el eje analítico y temático, de la mano de autores como Keohane, optó por una estrategia que se ha revelado muy fértil: reducir el campo de estudio y concentrarse en algunas cuestiones precisas susceptibles de ser operacionalizadas.

La tradición de liberalismo republicano (la tesis de la paz democrática) y liberalismo comercial (la interdependencia económica y el libre comercio entendidos como factores de paz), se complementaron y refinaron con un liberalismo sociológico e institucional. El resultado fue una visión más matizada, dinámica y sofisticada que, al diferenciar entre cooperación (algo no automático sino sujeto a influencias) e interacciones de la armonía de intereses, puso en el centro de su quehacer científico preguntarse «cómo afectan las instituciones a los incentivos a que se enfrentan los estados»¹³⁸. La tesis central que se derivó de ello fue que «las variaciones en la institucionalización de la política mundial ejercen impactos significativos en la conducta de los gobiernos. Concretamente las pautas de discordia y cooperación sólo pueden entenderse en el contexto de las instituciones que ayudan a definir el significado e importancia de la acción estatal»¹³⁹.

¹³⁷ Aludo a K. WALTZ, *Theory of International Politics*, op. cit. y a R. GILPIN, *War and Change in World Politics*, Cambridge UP, Nueva York, 1981. Otros desarrollos que pueden analizarse como aplicaciones del programa de WALTZ serían Barry POSEN, *The Sources of Military Doctrines*, Cornell UP, Ithaca, 1984 o M. MANDELBAUM, *The Fate of Nations: The Search for National Security in the 19th and 20th Centuries*, Cambridge UP, Cambridge, 1988.

¹³⁸ R. KEOHANE, «Neoliberal Institutionalism...», op. cit., p. 11.

¹³⁹ R. KEOHANE, op. cit., p. 2.

Realismo y liberalismo se habían convertido en «neo-realismo» y «liberalismo neoins-titucional», no en el sentido de ser totalmente nuevos sino en la acepción de ser pensa-mientos no convencionales respecto de la tradición anterior. Al dejar en segundo plano sus asunciones temáticas, escaparon del debate interparadigmático y se hizo posible explorar un programa de investigación acerca de una eventual síntesis, que Waever y Mans-bach han denominado «neo-neo»¹⁴⁰. Su incidencia en la capacidad de reconstrucción de la teoría se demuestra en el hecho de que la polémica había cambiado de naturaleza: ya no se debatía en abstracto sobre la utilidad o no de la fuerza militar, que desde 1977 Keohane y Nye habían aceptado como instrumento político en ocasiones eficaz; ni sobre el carácter egoísta o altruísta de los individuos y estados, habida cuenta que era po-sible explicar, como había mostrado Axelrod, la formación de regímenes y pautas de cooperación partiendo de actores considerados como maximizadores egoístas. Por úl-timo, la posibilidad de síntesis y de reconstrucción de la teoría quedó patente en su ar-gumentación prácticamente análoga a los desafíos de los enfoques reflexivos o teorías que se limitaban a interpretar textos: convirtamos las cosmovisiones en liza o el déba-te perpetuo sobre el realismo político en enunciados teóricos susceptibles de ser vali-dados o refutados¹⁴¹.

Con el fin de la guerra fría, sin embargo, se reavivó la polémica, que entró en una nueva fase¹⁴², en la que resurgieron la asunciones del eje temático¹⁴³, volvieron a cues-tionarse elementos de los ejes analítico y fenoménico y, además, se caldeó el tono de la discusión. La polémica ha venido acompañada de la generalización de las críticas al realismo político¹⁴⁴, y en menor medida al idealismo o liberalismo¹⁴⁵.

No obstante, las razones que explican el desafío liberal deben encontrarse en la pro-pia realidad, en el impacto sobre los factores, actores, estructura de poder y principios de orden del sistema del fin de la guerra fría. Tres problemas parecen tener especial re-levancia: las razones del cambio sistémico y la discusión acerca de la mayor o menor estabilidad del sistema de posguerra fría, en la que lo que se debate es si la estabilidad que algunos realistas añoran era producto de la bipolaridad o del cuasi-duopolio de las

¹⁴⁰ O. WAEVER, «Rise and fall...», *op. cit.*, p. 163; R. MANSBACH, «Neo-this and Neo-that: Or "Play it Sam" (Again and Again)», en *Mershon International Studies Review*, 1996, vol. XL, suplemento 1, pp. 90-95.

¹⁴¹ Véase, por ejemplo, HOLT y KEOHANE.

¹⁴² Las dos antologías básicas son D. A. BALDWIN, *Neorealism and Neoliberalism. The Contemporary Debate*, Columbia UP, Nueva York, 1993; Ch. KEGLEY, *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, St. Martin's Press, Nueva York, 1995.

¹⁴³ Como ya he señalado tras tesis renovadas de liberales y de realistas siguió subyaciendo un rico poso de creencias y raíces compartidas, una tradición histórica en ambos dilatada y asunciones más o menos com-partidas por cada comunidad respecto de la naturaleza humana, la historia y la sociedad y la realidad inter-nacional. Unos, el liberalismo, han seguido teniendo apego a autores que van desde los estoicos y los pri-meros filósofos cristianos, a los mercantilistas del siglo XVII y XVIII, KANT y los *philosophes* del XVIII, o WILSON. Los realistas sintiéndose atraídos por pensadores que afirman que el principio clave es el «ayú-date a ti mismo» (*self-help*), de la que derivan la dependencia última del estado en sus propios recursos para promover sus intereses y protegerse o que se sienten tentados a pensar que respetar los principios morales sólo sirve para poner el peligro la persecución racional del poder nacional.

¹⁴⁴ Aparte de las ya comentadas tendencias reflexivas y celebratorias, hay que mencionar: J. ROSEN-BERG, *The Empire of Civil Society. A critique of the Realist Theory of International Relations*, Verso, Lon-dres, 1994; M. NINCIC, *Democracy and Foreign Policy. The Fallacy of Political Realism*, Columbia UP, Nueva York, 1992; M. GRIFFITHS, *Realism, Idealism and International Politics*, Routledge, Londres, 1992.

¹⁴⁵ M. GRIFFITHS, *Realism, Idealism...*, *op. cit.*

armas nucleares; los nuevos derroteros de la conflictividad; tanto a nivel de nuevas formas no necesariamente violentas (comercio, derechos humanos, medio ambiente) como la escasa incidencia de las guerras interestatales, las que habían servido de base argumental; el deseo de reexaminar conceptos claves como anarquía o poder.

En síntesis, la fase de la polémica en curso, no es, siguiendo la tipología de Anatol Rapoport¹⁴⁶, un «combate» (disputa en que los contendientes buscan dañar al otro); pero no está claro si sigue siendo un «debate» (una situación en que los contendientes intentan convencerse) o está convirtiéndose en un «juego» (situaciones en la que los oponentes intentan vencer). Probablemente está a medio camino de debate y juego, como muestra la importancia que se está dando al refuerzo del campo realista merced a nuevas sofisticaciones del realismo, como el «realismo estructural» de Buzan *et al.*¹⁴⁷ que, pese a creer en la síntesis, tiene en el punto de mira al liberalismo y aspira a recuperar la gran teoría. O, el «realismo evaluativo» de Spegele¹⁴⁸, que, influido por las críticas de las tendencias reflexivas de que el realismo clásico era más interesante que el neorealismo racionalista, opta por un realismo no racionalista (no formalista en su jerga) que se opone tanto a las versiones cuantitativistas o abstrusas como a las corrientes emancipatorias.

Entre juego y debate, con piezas polémicas que discuten sobre las falsas promesas de la teoría institucionalista o los límites del concepto de poder neorrealista¹⁴⁹, parece adecuado a los hechos hablar de desafío liberal.

2. Los elementos del desafío liberal

Probablemente es Charles Kegley quien más ha difundido la idea de un desafío liberal. De acuerdo con su descripción, que sigo a partir de ahora¹⁵⁰, los elementos del desafío liberal son una larga constelación de críticas al realismo que pueden agruparse en seis grandes epígrafes. Lo interesante es que cinco de los seis tienen que ver con el eje fenoménico y analítico, sólo uno con el temático. Los elementos críticos del desafío son los siguientes.

1. Su bajo poder predictivo, en especial respecto del fin de la guerra fría. Las críticas más duras sostienen, a la manera de Rosenau ya comentada, que el problema es por así decirlo estructural: el neorealismo es incapaz de anticipar los cambios, es como un instrumento musical mal afinado y sin posibilidad de arreglo, por lo que lo mejor es cambiarlo.

¹⁴⁶ A. RAPOPORT, *Fights, Games and Debats*, Univ. of Michigan Press, Ann Arbor, 1960.

¹⁴⁷ B. BUZAN, Ch. JONES, R. LITTLE, *The Logic of Anarchy. Neorealism to Structural Realism*, Columbia UP, Nueva York, 1993. Es un intento de rehacer y reforzar el modelo de WALTZ 1979.

¹⁴⁸ R. D. SPEGELE, *Political Realism in International Theory*, Cambridge UP, Cambridge, 1996.

¹⁴⁹ Aludo a los siguientes textos: J. J. MEARSHEIMER, «The False Promise of International Institutions», en *International Security*, 1994, vol. XIX, pp. 5-49; a la respuesta de R. KEOHANE y Lisa MARTÍN, «The Promise of Institutional Theory», en *International Security*, 1995, vol. XX, pp. 39-51; y a S. GUZZINI, «Structural power: the limits of neorealist power analysis», en *International Organization*, 1993, vol. XXXVII, pp. 443-478.

¹⁵⁰ Ch. KEGLEY, *Controversies...*, *op. cit.*, pp. 5 ss.

2. Su inadecuado poder y capacidad descriptiva. Las críticas suelen utilizar expresiones crueles («nada es menos real que el realismo») y aludir a la incompreensión de lo nuevo.

3. Su incapacidad de explicar y comprender la nueva agenda, la aparición de los problemas globales, a causa del impacto de las viejas premisas. Así, se insiste en que el problema desde el punto de vista del poder no es la aparición de potencias que desafían a las dominantes, sino las nuevas amenazas y los cambios en la naturaleza del poder. Existen también críticas que se centran en partes poco o mal explicadas de la antigua agenda.

4. La refutación de sus tesis merced a la investigación empírica. Concretamente suele plantearse que ni describe ni explica bien el mundo, por ejemplo, la dinámica de la guerra y la paz¹⁵¹.

5. La fuerza derivada del resurgir y reevaluación de los antecedentes intelectuales del liberalismo neoinstitucional. Es el aspecto clave que permite la reaparición de críticas que en algunos casos pertenecían al eje temático, como las relativas al carácter incompleto, no riguroso, intelectualmente confuso, lleno de anomalías... elaboradas por un colegio invisible que va desde la escuela inglesa a John Burton, pasando por Deutsch, Keohane y Nye, Masnbach y Vasquez.

6. Su pobreza a la hora de prescribir políticas.

La idea de desafío procede, siempre según Kegley, de la conclusión que se deriva de los seis puntos anteriores: una teoría que ni describe ni explica ni predice bien es, en términos de metodología de la ciencia, una mala teoría; además, ni siquiera cumple con el ideal de numerosas ciencias sociales, prescribir de forma adecuada actuaciones o políticas. Puesto que ni realismo ni neorealismo cumplen las funciones que deben pedirse a una teoría científica, en especial describir y explicar, lo mejor es reemplazarla por una alternativa nueva, rigurosa y menos peligrosa que la variante hiperrealista de Mearsheimer y otros nostálgicos de la guerra fría¹⁵².

3. Los focos y temas de controversia

La impresión de desafío disminuye cuando nos fijamos en los focos y temas de controversia real, al menos porque desaparece en gran medida la acritud que permea algunas piezas polémicas. Al fin y al cabo, los temas de controversia tienen una historia anterior al fin de la guerra fría. De acuerdo con Baldwin, que seguiremos en este punto¹⁵³, los grandes focos o temas de controversia son seis.

1. La anarquía, concretamente su naturaleza y consecuencias sobre el sistema internacional y el orden social, que veremos con algo más de detalle luego.

¹⁵¹ El texto clave es el J. VASQUEZ, *The War Puzzle*, Cambridge UP, Cambridge, 1993.

¹⁵² R. KEOHANE/L. MARTIN «The Promise», *op. cit.*, p. 70.

¹⁵³ D. A. Baldwin. *Neorealism and Neoliberalism. The Contemporary Debate*, Columbia UP, Nueva York, 1993, pp. 4 ss.

2. La cooperación, no en el sentido de su posibilidad que aceptan ambos, sino la facilidad para lograrla, la probabilidad de que ocurra y la posibilidad de mantenerla con independencia del poder de los estados.

3. Los eventuales beneficios o ganancias de estados y actores internacionales, un tema relacionado con la cooperación y con las alianzas entre actores. Concretamente, la controversia afecta al peso respectivo que otorgan a las ganancias relativas, enfatizadas por los neorrealistas, frente a las ganancias absolutas, que según los liberales constituye la aspiración que por autointerés maximizan los actores.

4. La prioridad que se concede a los intereses del Estado, privilegiando los de seguridad (realistas) o los de bienestar económico.

5. Dirimir la mayor o menor pertinencia analítica de las intenciones y de las capacidades al intentar reconstruir las motivaciones de los actores. Es sabido que desde Tucídides los realistas han primado las primeras por considerarlas la base última de la seguridad e independencia. Los liberales, por su parte, han subrayado las intenciones frente a las capacidades, recurriendo como expediente explicativo a aspectos informativos o intereses cognitivos, como sucede con las comunidades epistémicas, por ejemplo. Así, han usado explicaciones intencionales para señalar que la valoración que un estado X concede a los eventuales beneficios relativos de los estados S y Z está mediada por su percepción de las intenciones de éstos. Explicaciones que han sido criticadas por Krasner o Grieco. El tema tiene gran relevancia porque, combinado con la polémica sobre las ganancias absolutas o relativas, reintroduce la antigua polémica sobre la definición y comprensión del poder, un tema que en la actualidad afecta ya a la totalidad de las ciencias sociales.

6. La significación de las instituciones y regímenes, más allá del acuerdo en la plétora que han surgido desde 1945. Naturalmente, los liberales insisten en la importancia creciente de los regímenes y, de forma más amplia, de las instituciones; mientras que los realistas suelen insistir en que los liberales exageran con la intención de menoscabar la importancia constitutiva de la anarquía en el sistema.

Si tomamos como ejemplo la discusión sobre la naturaleza y consecuencias de la anarquía veremos que lo que discuten ambas escuelas es su importancia real, si es o no una restricción, cómo opera. Y lo hacen discrepando ya en la propia definición.

Así las cosas, no es extraño que muchos autores estén recurriendo a ampliar su campo de análisis, a relacionar anarquía y explicación del orden social. Al hacerlo, buscan enunciados teóricos más potentes, como la ya antigua distinción de Boulding de tres sistemas básicos de lograr orden social en la vida doméstica e internacional: a) las relaciones de intercambio (que enfatiza las recompensas); sistemas de amenaza (que subrayan los castigos); e integración de imágenes (que acentúa la armonización de percepciones e intereses) mismos para lo doméstico y lo internacional.

El salto final es postular de nuevo la necesidad de síntesis, en este caso, entre enfoques psicólogos y cognitivistas para explicar la formación de preferencias, enfoques realistas moderados para explicar las pautas de seguridad; y los neoliberales para lo relativo a la interdependencia económica y las instituciones.

VI. A MODO DE CONCLUSIÓN

Probablemente el agua no llegará al río y el desafío quedará en nuevos programas de investigación y una nueva síntesis. La disciplina está necesitada de ella, de una reconstrucción de la teoría.

Quizá la clave sea la reflexión de Keohane al recordar que el fin de la guerra fría ha añadido al debate entre académicos la dimensión de la dialéctica teoría y práctica¹⁵⁴. Lo que Keohane está sugiriendo es, por poner un ejemplo, la importancia de los problemas globales, los «comunes globales», que ha llevado a algún autor a hablar de la necesidad de una «cuarta imagen»¹⁵⁵. Su génesis estaría relacionada con la generalización en el sistema internacional de situaciones como las que se describen a continuación.

Imaginemos el siguiente juego de tres protagonistas¹⁵⁶. Cada jugador tiene una elección con dos alternativas, *cooperar* (C) y *negarse a hacerlo* (D). De jugarse de forma secuencial las cosas irían así: elige el primer jugador; luego el segundo, sabedor de la elección del primero; y finalmente el tercero, conocedor de las elecciones de sus antecesores. Las ganancias que pueden obtenerse difieren en función de la elección: a) si los tres eligen C, cada uno de ellos ganará 1 unidad, + 1; b) si todos eligen D, todos pierden una unidad, - 1; c) si uno elige C y los dos restantes D, el cooperador perderá dos unidades, - 2, y cada uno de los que eligieron D ganará dos unidades, + 2; d) si uno elige D y los otros dos C, el que se niega a cooperar gana tres unidades, + 3, y los dos cooperadores obtienen un resultado de 0 (ni pérdida ni ganancia). Resulta sencillo percatarse que si todos juegan de forma estrictamente individual, su estrategia «óptima» es D, por lo que estaremos en la situación b) y todos perderán una unidad, - 1, cuando de haber escogido C hubieran ganado una, un mejor resultado para cualquiera de ellos.

¿Y si coordinan sus elecciones, si establecen *coaliciones*? Si dos jugadores forman una y coordinan sus acciones para optimizar su ganancia conjunta, pueden obtener un resultado de 0 (en lugar de - 1 cada uno del resultado anterior), aunque el jugador *no* coaligado obtendrá al menos +2. No resulta, pues, interesante para un jugador indeterminado coaligarse con cualquier otro. Pero si cada jugador actúa «según su propio interés» y rechaza la invitación de los otros a formar coalición, no se formará ninguna, con lo que el resultado final será que todos perderán 1 unidad. Sólo una coalición *simultánea* de los tres puede garantizar que todos obtengan una ganancia de 1 unidad.

Cabría pensar que, con vistas a formar una coalición de tres, dos de los jugadores deberían unirse primero y actuar conjuntamente «en contra de su propio interés» con la esperanza de inducir al tercer jugador a sumárseles. Tal cosa sería empero bien difícil: una vez formada la coalición y actuando de consuno sus miembros, el interés del tercero pasa por mantenerse siempre al margen (gana 3 unidades, si bien los otros dos no pierden). La razón es que la presión para elegir la estrategia D se basa en dos factores, la avaricia y el miedo: la avaricia aconseja D al ser la manera de obtener el mayor beneficio; el miedo porque escoger unilateralmente C supone, en el mejor de los casos, obtener la menor de las ganancias posibles. En el caso que nos ocupa, el jugador no

¹⁵⁴ Véase, D. A. BALDWIN, *op. cit.*, p. 297.

¹⁵⁵ Véase R. C. NORTH, *War, Peace, Survival. Global Politics and Conceptual Synthesis*, Westview Press, Boulder, 1990.

¹⁵⁶ De hecho se trata del dilema del prisionero con tres jugadores, es decir, de un dilema del prisionero generalizado o tragedia de los comunes.

coaligado se sentirá fuertemente presionado psicológica y materialmente por una situación de avaricia prácticamente sin riesgo.

La única forma de escapar de un dilema semejante consiste en *redefinir la identidad del jugador*: sólo si los *tres* son capaces de cambiar sus concepciones de sí mismos como jugadores con intereses individuales podrán garantizar para todos ellos su ganancia máxima en el juego: hacer del juego una empresa cooperativa (una coalición siempre lo es en parte), en la que no interesa tanto la elección racional de una estrategia ganadora como asegurar un reparto justo de los costos y beneficios.

Es indudable que situaciones como la que describe el juego son ya muy habituales en el sistema internacional, como nos recuerda la urgencia de problemas ecológicos como los cambios climáticos y atmosféricos globales. De ellas se puede derivar, lo quieran o no los realistas, que perseguir el interés individual en una situación de libre competencia no siempre redundo en un equilibrio colectivo óptimo. Eso podía ser cierto en los juegos de suma nula, pero esos juegos no son los únicos ni los más importantes que se dirimen en la arena internacional.

El desafío de la agenda política internacional gira en torno a la búsqueda de una articulación política que permita a sus múltiples actores (y en particular al Estado) ser a la vez jugadores individuales, jugadores de equipo y jugadores colectivos (en momentos, situaciones y esferas diferentes): coaligarse para asegurar que las pérdidas serán mínimas o que, incluso, habrá algún beneficio.

Se trata de un desafío político, y como tal sólo afecta a la disciplina en la dimensión del análisis y la explicación, no en la de la acción para la transformación. Pero en la medida en que los practicantes de la disciplina son seres humanos dotados de conciencia como individuos les afecta en la esfera de la acción. Lo estimulante es que, como había sucedido en la génesis de la disciplina, la ética de las convicciones y la ética de la responsabilidad convergen. No puede haber relaciones internacionales, en el doble sentido de la palabra, sin ética.

Por decirlo con T.S. Eliot:

We shall not cease from exploration
And the end of all our exploring
Will be to arrive where we started
And Know the place for the first time

(Eliot, *Little Gidding*¹⁵⁷)

¹⁵⁷ Se cita a partir de la edición *Collected Poems - 1909-1962*, Faber and Faber, Londres, 1963. La traducción de José María Valverde es la siguiente: No cesaremos de explorar/y el fin de toda nuestra exploración/será llegar a donde arrancamos/ y conocer el lugar por primera vez, T. S. ELIOT, *Poesías reunidas 1909-1962*, Alianza, Madrid, 1978.